

Alejandro Neira Balboa

RELATOS

BAUTISMO DE NIEVE

BAUTISMO
DE NIEVE

BAUTISMO DE NIEVE

© Alejandro Neira Balboa

Tel.: +56 9 8225 9476 / +56 9 4075 4550

Primera edición: febrero, 2025

Inscripción n.º 2024-A-5718

ISBN 978-956-6277-08-8

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ELOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl

BAUTISMO
DE NIEVE

Alejandro Neira Balboa

Ediciones **ElOtroCuarto**

*A Claudio Kellendonk, amigo entrañable de la infancia,
cuya vida se malogró en un accidente de tránsito
cuando teníamos 7 u 8 años.*

*Tras la promesa de honrar tu nombre,
te dedico este libro con todo mi cariño.*

*A Claudio Lucero Martínez, quien me guio
y enseñó el camino a la montaña y sus senderos.*

PRÓLOGO

En este intenso compendio de relatos se reviven notables episodios y aventuras de la vida de Alejandro «Tigre» Neira. Aunque, siendo justo con su historia, toda la vida del Tigre ha estado marcada por eventos singulares y extraordinarias historias de supervivencia.

Conocí a Alejandro en un curso de montaña en la Federación de Andinismo de Chile, en Santiago, por allá en el año 1977, junto a otros memorables amigos como Félix Quiroz y Pedro Pérez. El Tigre no pasaba desapercibido. Su personalidad y carácter extrovertido me llamaron inmediatamente la atención: inquisitivo, preocupado de todos y de todo, siempre dispuesto a ayudar. Pero, sin duda, su característica más notable y entrañable ha sido su incondicional y desinteresada amistad, que nos ha mantenido unidos hasta el día de hoy y que me impulsa a escribir, con enorme placer, estas breves líneas introductorias.

Su primer relato, «Bautismo de nieve», tiene un especial significado para Alejandro. Así como los incas veían en este centinela del valle central un símbolo imponente, las nieves eternas ejercieron sobre Alejandro una atracción irresistible, que lo impulsó a ascenderlo en múltiples ocasiones.

En esta vívida historia ocurrida en el cerro El Plomo, Alejandro nos deleita con una narración y personajes memorables, como el joven Jano y el experimentado don Noja. Para aquellos que conocemos El Plomo, la descripción del cerro y sus distintos hitos es evocadora y familiar. Con un relato cautivante y un suspenso permanente, el narrador va incluyendo vivencias del montañismo, como el bautismo y su posterior celebración, la emoción de la cumbre y la intensidad de la tormenta y de la nieve.

La narración continúa con cuatro recuerdos o anécdotas, que ofrecen una gratificante y momentánea calma: «Arroz con mermelada», que nos regala una nueva receta en las alturas; «Canaleta al cielo», donde en breves líneas nos ilustra, con notable realismo, la llegada a la cumbre del Piuquencillo —otro cerro simbólico para Alejandro—; «En el portezuelo del San José comiendo huevos fritos», donde cuenta una ascensión en solitario y un encuentro con un compañero bajo la cumbre; y «El occiso: relato de un rescate», la última y extraordinaria historia de esta breve serie de relatos, donde se cuentan los hechos ocurridos como rescatista del Cuerpo de Socorro Andino (CSA), esta vez en el cerro Abanico.

El segundo y último gran relato, «El San José no es tan santo», nos sumerge en otra de las épicas misiones de Alejandro como parte del CSA, en uno de sus cerros emblemáticos. La historia incluye un impresionante salto de seis metros desde un helicóptero a 5200 metros de altitud, culminando en un desenlace inesperado y un epílogo menos feliz.

Leyendo la serie completa de relatos (y conociendo personalmente al autor), no se puede desmentir ni dejar de notar que la comida, cuya aparición se repite 19 veces en el libro, ocupa un rol absolutamente prioritario en su vida. Así lo demuestran las deta-

lladas descripciones del arroz con pollo y mermelada, los huevos fritos con cartón y cáscara, el maní, las galletas, los chocolates, el pan, el queso crema, la leche en polvo y las golosinas, además de la compañía del anafre y la marmita en todas sus aventuras.

En fin, la prosa de Alejandro, vertida en este libro, no solo cautivará a los amantes de la montaña, sino que también abrirá una ventana a la extraordinaria vida de su autor, quien quedó huérfano desde corta edad, hecho que explica la importancia e influencia del maestro Claudio Lucero en el internado de la Casa Nacional del Niño. Este vínculo le transmitió la pasión por las montañas y el impulso a escribir, con hábil pluma, estas y, probablemente, futuras aventuras, que ofrecen al lector valiosas lecciones, no solo de montaña, sino también de vida.

Punta Arenas, noviembre de 2024

GINO CASASSA ROGAZINSKI



BAUTISMO DE NIEVE

LOS PREPARATIVOS

En la reunión del último sábado, quedó establecido que subiremos el cerro El Plomo, que tiene una altitud de 5430 metros sobre el nivel del mar. Se trata de la gran montaña ubicada al noreste de Santiago, región Metropolitana, latitud 33° 13' 58" sur, longitud 70° 12' 44" oeste. Los confabulados seremos Iván, don Noja y yo.

Comienzan los preparativos. Reunimos los complementos del vestuario: gorro para el sol, saco de dormir, colchoneta, carpa, anafre, piolets y crampones. Es menester llevar la ropa adecuada. Arriba se dan los climas más extremos: calor sofocante y frío intenso; quien se aventure por esos lugares tiene que ir preparado. Los elementos deben ser fuertes, abrigadores, pero livianos, porque todo se lleva en la espalda y, si algo necesario no se incluye, no tiene caso lamentarse.

Todos tenemos ilusiones en la vida, y a los andinistas nos apasionan las montañas por diversos motivos.

Para Iván, por ejemplo, el cerro El Plomo representa su primer cerro de cinco mil metros. Hasta el momento, ha explorado

los 4900 del Leonera —cerro del mismo sector que El Plomo—, desde donde dijo: «Uno no puede verlo de tan cerca sin aceptar el desafío de querer subirlo». Tiempo después, ya adulto, Iván fue muchas veces a la cordillera con amigos y con su hijo, y de niño, había incursionado en otras alturas guiado por don Noja.

Ahora que miro atrás, comprendo que para don Noja, maduro como andinista, transmitir su conocimiento se ha vuelto casi imperativo.

Aunque don Noja ha ascendido muchas veces el cerro El Plomo, este siempre tiene un atractivo nuevo. Se enorgullece de difundir este deporte y sus factores positivos, a pesar de los pocos medios con los que cuenta. Lo he escuchado decir: «Hay que mostrarle a la juventud otros caminos que no sean la droga, el alcohol y el carrete. Es sano para la mente y el cuerpo hacer ejercicio, y sobre todo al aire libre y en contacto con la naturaleza».

A mí, que vengo de la vertiente del fútbol, siempre me ha intrigado esta impresionante mole; lo más alto que se ve desde Santiago al mirar hacia el noreste. Me impresiona su pasado indígena (en el colegio nos enseñaron que sacaron una momia incaica de su cumbre). Además, siempre tiene una corona u hongo de nubes sobre su cúspide, lo que la hace aún más hermosa. Una vez, sentí envidia de un compañero de liceo que contaba sus aventuras y paisajes en esa montaña. Mientras, yo me decía a mí mismo: «Algún día estaré allí, hollando su cima y regresaré para contarlo». Aunque, antes de conocer a mis amigos, con quienes hoy formo cordada¹, no sabía cómo hacerlo.

En mi familia, las cosas están divididas con mi nueva actividad. Mi madre, siempre incondicional, me apoya, pero no

1 Cordada: se refiere a dos o más personas conectadas por una cuerda para brindar seguridad en tramos difíciles o durante el simple acto de caminar.

se cansa de pedirme que me cuide, que no cometa locuras. Sin embargo, cree que desde que voy a la cordillera, he cambiado favorablemente, que estoy más reflexivo y un poco más calmado. Salgo a trotar planificadamente y tengo mejor rendimiento en el colegio.

Mi papá dice que es de locos dormir en el suelo, ir a cansarse, pasar frío, hambre y, además, exponerse a todo eso sin ninguna retribución material. No entiende que uno puede recompensarse con bellos paisajes, disfrutar de la naturaleza, conocer los límites de su cuerpo y de su mente, regalar lo mejor de cada uno a otros, por amistad y compañerismo. Eso sí, no me prohíbe salir a la cordillera. Yo, por mi parte, me esmero en darle tranquilidad a mis viejos, convenciéndolos que salgo con gente experimentada y preparada, y que todos han hecho cursos al respecto.

Yo creo que mi gente está mal influenciada por los accidentes que han ocurrido en la montaña. La prensa ha tratado los problemas con mucho sensacionalismo, y como no hay periodistas especializados en este deporte, inventan, elucubran, *le ponen*.

A mi polola, al comienzo le gustaba. «Es tu nueva volada», me decía. Ahora, se queja que la dejo sola, que la estoy abandonando, aunque, últimamente, me apoya y me alienta a seguir, cree que llegaré a la cumbre.

Nuestro grupo se reúne casi todos los días, completando detalles, a la espera de que a don Noja le den las vacaciones.

El jueves, don Noja llega un poco más temprano. Nos juntamos, cuota y minuta en mano, para dirigirnos al supermercado a comprar. Arrastramos una buena cantidad de niños del pasaje que se han enterado de la aventura. La cuota individual de cada uno se calculó después de planificar lo necesario para tres días, más las raciones de marcha, dividido entre los tres integrantes.

Compradas las vituallas², las distribuimos y, ya tarde, nos fuimos cada uno para su casa a armar la mochila y descansar lo que más se pueda.

Iván preparará el almuerzo para mí y para él en una marmita. En otra ollita irá la de don Noja, para que mañana, día de la partida, solo haya que entibiarlo sin perder tiempo, porque la jornada será larga.

COMIENZA LA AVENTURA

Es una noche de jueves para viernes muy tensa y nerviosa. Me levanto a las cinco y media para llegar a las siete al metro Escuela Militar; que es la hora y lugar convenidos para juntarnos.

Al prepararme el desayuno, cada movimiento lo realizo sigilosamente, porque no quiero despertar a mis viejos, pero todo suena y causa estruendo en la quietud de la madrugada.

Por fin estoy saliendo. Está casi oscuro. Abordo la micro y luego el metro. Mi mochila causa algunas molestias a los pasajeros, que, sorprendidos por el tremendo bulto, tratan de acomodarse.

Con unos diez minutos de retraso, llego a mi destino. Ya ha amanecido completamente. Luego, toca una tensa espera. Mis compañeros aparecen casi media hora más tarde. Mentalmente he ido analizando lo que pude haber olvidado: no traigo los fósforos ni las velas. Se los digo.

2 Vituallas: provisiones o suministros, especialmente alimentos, que se llevan para un viaje o expedición.

—No te preocupes, yo siempre traigo encendedor y las lumbreras, aunque le entregue esa misión a otra persona —acota don Noja.

—¡Qué alivio!

Enfilamos rumbo al «cero», que es el comienzo de la ruta G-21, camino a Farellones. Allí, hay varios mochileros esperando que los lleven hacia los centros de esquí. Nosotros nos ubicamos estratégicamente para que «nuestro dedo» (que es como viajaremos) pueda ejercer mejor impacto. Somos deportistas andinistas, nos delatan los piolets³ y los grampones⁴ sobre nuestras abultadas cargas.

Tantas veces levantamos el pulgar indicando nuestra dirección de viaje, y tantas veces el vehículo señalado pasó de largo. Son las reglas de viajar así. Pasó un buen rato hasta que una camioneta con cubierta y ventanas en el pick-up se detuvo un poco más allá. Corrimos y solicitamos:

—¿Nos lleva?

—¿A dónde van?

—¡A Farellones o La Parva!

—¡Suban!

Como podemos, metemos todo por la puerta que nos abre el conductor y subimos. A través de una ventanilla, conversamos con el chofer. Nos cuenta que en su juventud practicó montañismo y que nos vio cara de deportistas, y por eso nos llevó. Por sus palabras, nos damos cuenta que fue una persona importante en el medio.

3 Piolets: herramienta utilizada para picar hielo y nieve, y como bastón. Esta herramienta cuenta con una picota, una pala, un regatón y una vara de madera o metal que los sujeta a todos.

4 Grampones: también conocidos como crampones, son utensilios metálicos con puntas que se calzan bajo los botines y sirven para agarrarse en el hielo o la nieve dura.

Con la emoción reflejada en los rostros, nos despedimos de don Santiago, nuestro transportista. Nosotros agradecidos de que nos llevara, y nuestro conductor complacido de recordar sus años de joven aventurero.

Nos ha dejado a las afueras de su excelente refugio, sito en La Parva, a pocos metros del camino.

Al estrecharnos las manos, en la despedida, el caballero dijo, volviéndose hacia don Noja:

—Su casa, en caso de cualquier cosa.

Agradecemos y comenzamos a caminar. Al rato, nos detenemos para establecer la ruta.

—Subiremos por esta loma para empalmar con aquel filo. Luego atravesaremos a la izquierda, donde se ve ese hilo de agua. De ahí, al último pilar del andarivel, aquel, ¿lo ven? —dijo don Noja, indicando con su dedo índice lo que quería mostrarnos.

—Sí, sí —respondimos al unísono.

—Lo siguiente es alcanzar el portezuelo⁵ a 3700 metros sobre el nivel del mar, que no se ve bien desde aquí. De ahí en adelante, la ruta es lógica, solo hay que seguir la huella que va encajonada y muy marcada —terminó diciendo nuestro guía.

A mi compañero de colegio, le había escuchado decir: «El portezuelo aquí, el portezuelo allá». Es más, me explicó lo que era geográficamente, pero no hay como una clase en terreno. Ahora tengo clarito lo que es.

Subimos por una pendiente larga, seca y empinada. A ratos, nos detenemos a tomar aire por unos segundos. Cada 55 minutos de caminata, hay un descanso de 5 minutos para ingerir raciones de marcha, consistentes en maní, galletas o chocolates. Llegamos

5 Portezuelo: sección baja que une dos cumbres o montañas.

a lugares que parecían terrazas y, a un costado, observamos estructuras de andariveles en desuso, oxidados o destrozados.

Al cruzar la quebradita mencionada por don Noja cuando estableció la ruta, nos dio la hora de almorzar. Nos detuvimos y bajamos nuestras cargas, sintiendo un gran alivio por dejar el peso en nuestras espaldas un rato más largo que el descanso normal.

—Aquí almorzaremos. Trataremos de hacer todo con premura, porque hay que llegar con luz de día a Piedra Numerada, que es un lugar muy bueno para acampar, y aún estamos lejos —dijo el profe.

Iván desarmó su mochila y sacó la marmita. Don Noja hizo lo mismo y extrajo también el anafre. Una de las cosas que nos ha enseñado es que el anafre se lleva bien arriba de la mochila para no desarmar tanto la carga y demorar menos en volver a partir.

Mientras se calientan los alimentos, secamos al sol la ropa mojada con la transpiración, debido al esfuerzo de la subida.

—¡Mira las nubes, pareciera que es uno el que se mueve! —digo, tendido boca arriba, descansando.

Mi compañero hacía lo mismo, casi durmiendo a unos metros.

—En realidad, las nubes con sus movimientos, el hambre, la altura y el cansancio producen tal alucinación —responde Iván, despertándose.

—¡Ya está listo el almuerzo! ¡Despierten, crestones! —vocifera don Noja.

Después de unos diez o quince minutos desde que paramos, comimos. La almorzada consiste en arroz con una presa de pollo que se ha cocinado a última hora, anoche, después de

separarnos. Mientras comemos, se hierve agüita de Horizonte⁶ o café, según se prefiera, y se prepara el postre.

Una corta, pero deliciosa siesta, complementa la parada, y otra vez se escucha a don Noja decir:

—¡Arriba, crestones!

Ahora nos corresponde guardar. Pero, antes, hay que limpiar lo que se usa. Me toca lavar ollas, cucharas, jarros y platos en el helado caucecito aledaño. Tengo que llevarlos también, porque Iván y don Noja ya han cerrado sus bolsos.

Te demoraste mucho Jano, tendrás que cargar todo eso —dice, como bromeando, Iván.

Me he dado cuenta que Iván y don Noja se desenvuelven muy bien sentados sobre el suelo o sobre una roca. No tienen problema si las cosas quedan en desnivel. En fin, es como si estuvieran en su ambiente natural. En ocasiones, adivinan lo que el otro necesita.

Estaba absorto mirando el panorama. Todo es montaña: hacia arriba, las nieves muy altas, hacia abajo los refugios de La Parva y Farellones. Uno que otro cóndor ha revoloteado dándonos la bienvenida a sus reinos majestuosos. A veces, asusta el sonido que producen sus plumas al ser removidas por el viento, así como sus cabezas y cuellos desnudos que giran de un lado a otro, apuntando su mirada a los intrusos. Están a unos cinco o seis metros sobre nuestras testas. Luego de un rato, los vemos perderse en círculos ascendentes, con nuestra consiguiente envidia.

Me encontraba sumido en estos pensamientos cuando don Noja, volviéndose, me increpa:

—No quiero que me digas don Noja, dime Jano o Noja no más.

6 Horizonte: pequeño arbusto que crece en el monte, conocido por su sabor y aroma exquisitos, y que se utiliza en infusiones.

—Yo siempre me dirijo a mis mayores con respeto. Así fui enseñado, por lo que ese es mi trato natural —respondí.

—¡Ya, dile Noja a secas, para que no se confunda contigo! —terció Iván.

De ahora en adelante, somos: Iván, Noja y yo, Jano.

Paso a paso, ascendemos, ahora un poco más descansados y algo más livianos, hasta alcanzar el último pilar de andarivel. Desde ahí, se ve muy cerca el portezuelo Franciscano y la ruta se hace un poco más empinada. Por fin, arribamos. Descansamos, aunque no nos correspondía, bajamos nuestros bultos y nos tiramos a reposar.

Hacia la izquierda hay una cumbre muy alta y abrupta: la Falsa Parva. Hacia la derecha, se encuentra una cima menor de la que ninguno de nosotros conoce el nombre. Siento una emoción muy grande y mi espíritu se regocija por alcanzar nuestro primer objetivo. Me encuentro bastante bien, aunque a ratos me hace falta el oxígeno y me palpitan las sienas.

Ante nosotros se yergue otro mundo: la alta montaña. Todas las cumbres que nos rodean superan los cuatro mil metros; crudas, bellas, supernumerarias, cercanas, lejanas, enhiestas, superlativas, casi todas coronadas por nieves eternas, morada de dioses, leyendas y fantasías.

En lo terrenal, inmediatamente sorteado este puerto, hacia el este, aparece una laguna orlada de flores amarillas; capullitos. Unas aves revolotean en las cercanías, y las golondrinas juegan de aquí para allá y de allá para acá, cortando el aire. De vez en cuando, en pleno vuelo, acercan sus picos a ras del agua para beber. Observarlas es un deleite para la vista, entre tanta sequedad del suelo.

Nuestra ruta, ahora, es marcada por una huella polvorienta en bajada, que remata en unas vegas: tierras regadas por constante flujo de agua, donde crece una planta característica llamada llareta, que en este caso, se encuentra anegada por deshielos de una cumbre de la que cuelgan chorros de agua como cascadas.

Iván divisa unas aves grandes y le pregunta a Noja:

—¿Qué son esas? ¿Gansos?

En efecto, en la vega hay dos grandes aves y una tercera un poco más pequeña. Son muy blancas y algo pardas en el lomo.

—Son piuquenes, especie de ganso cordillerano —respondió el guía, acercándose bastante, queriendo sacar la mejor fotografía del grupo familiar.

La cámara hace ¡clic! ¡clic! y las aves emprenden el vuelo.

—Estas son las cosas por las cuales vale la pena cualquier sacrificio. ¿Quién, en el valle, tiene la posibilidad de estar tan cerca de ellas sin que teman al hombre, fotografiarlas y admirarlas?

Noja y su mensaje subliminal...

El segundo gran descanso lo hacemos en la siguiente hebra de agua —de varias que cruzan nuestros pasos— cercana a una roca que se me antoja parecida a un moái. Yazgo con la cabeza apoyada en una piedra, tendido sobre un manchón de pasto seco, y los pies más alto que el resto del cuerpo. Tomamos mucho líquido porque el calor es muy intenso y tememos a la deshidratación; nuestra orina se hace cada vez más y más amarilla.

Después del relax, caminamos por una gran pedriza de filosas y pequeñas piedras, como trituradas en la huella. Sus alrededores estaban cubiertos con grandes lajas un poco más lejos. A proposición de Noja, vamos mirando el suelo para encontrar redondeces como bolitas: supuestos frutos fosilizados. También,

cada tanto, hay bloques grandes que aparentan ser troncos de árboles petrificados.

Cada vez, espero con más ansias los cinco minutos de descanso. Aunque el paisaje es gratificante, la sed, el calor y el peso de la mochila ejercen su efecto chaquetero para que no llegue a la meta.

Remontamos una, otra y otra elevación hasta que, por fin, vemos una loma un poco más alta y empinada. Desde lo alto, observamos que se abre el cajón y, al fondo, hacia el norte, la finalidad de nuestros esfuerzos: El Plomo en todo su esplendor. Hacia abajo, un poco a la derecha, Piedra Numerada, ¡qué alivio!

Parece cercana; no obstante, la caminata se me hace eterna de larga. A mis compañeros parece no afectarles nada; solo piensan en cumplir los objetivos. Hay una bajada suave y extensa sobre las laderas de las estribaciones del cerro Pintor y Canchas de Carrera, lugares a los que se accede por el portezuelo Franciscano y la Falsa Parva, dejados un poco más atrás. Hacia la derecha, en dirección este cardinal, se extiende un cordón formado por Bismarck, el Cepo y el paso del mismo nombre que le da acceso. Más al sur se encuentran el cerro Klatt y otros; todos por sobre los cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Hacia el este de esta cadena montañosa se encuentra el cajón del río Olivares, en cuya cabecera norte se halla el Gran Salto de Olivares.

A pesar de que la huella es en bajada, llego a la meta muy cansado y con sed.

Piedra Numerada es un valle pequeño dominado por una vega, bañado por numerosos hilos de agua y rodeado por altos cerros al este y al oeste. Algunos caballos pastan en los alrededores. A nuestra derecha, hay un potente torrente: el río Molina, sonoro, correntoso, cuyas riberas son estrechas y pedregosas. A

él llegan todos los desagües del pastizal y, más abajo, junto a los esteros Yerba Loca y San Francisco, conforman el río Mapocho. También hay dos grandes piedras, una de las cuales, la mayor, tiene signos y números que le dan nombre al lugar. Complementan este paraíso, unas lagunas, donde, cual espejos de agua, se reflejan las cumbres adyacentes. Al fondo, el cerro El Plomo, medio redondeado, con un tremendo glaciar que sigue la misma forma. La máxima altura en las inmediaciones ejerce un efecto imán; uno siente que puede salir corriendo hacia allá. Sin embargo, aún está distante, y se adivinan grietas y huellas que conducen a lo alto. En lo más cercano se aprecia un hermoso salto de agua, del cual alguien dijo: «el verdadero nacimiento del río Mapocho». Tal es nuestra pernoctada.

Después de un largo descanso, nos disponemos a instalar nuestra carpa, que quedará cerca de la laguna más grande, protegida por la piedra numerada. Hace mucho rato que todo está en sombra. En cuanto se escondió el sol, arribó el frío. Pronto oscurecerá. Se reparten las tareas: Iván y Noja armarán la carpa iglú. Yo iré a buscar agua al río para cocinar, arreglaré lo mejor que pueda el entorno, armaré una pirca para proteger nuestro cobijo del viento y acercaré piedras grandes para sentarnos.

Armada la tienda, se asignan los lugares que ocuparemos al interior. Estiramos las colchonetas y sacos de dormir. La tarde está muy agradable, aunque hay que abrigarse, porque a ratos soplan rachas de viento helado. Noja toma el mando de la cocina y el ronroneo del anafre indica que algo de comer se está preparando. Iván convida plátanos y yo coopero con chocolates mientras llega la cena.

Después de un rato, comemos los restos del arroz del almuerzo, unas vienasas, cebolla picada y unos crutones. Noja ha

convertido todos estos ingredientes en su conocida «Sopa Lázaro». Llamada así porque, según él, es capaz de revivir a un moribundo.

Realmente tiene mucha razón; la sopa está exquisita. Iván opina lo mismo. Aunque no suelo tomar sopa en casa, en esta ocasión siento hambre por esa delicia. En la sobremesa, todos compartimos aventuras y sentimientos. Después de la comida, ellos terminan de ordenar, y a mí me toca lavar todo y dejar las botellas llenas de agua.

El plan para mañana es simple: llegar temprano a un lugar llamado La Hoya y aclimatarnos ahí. Hidratarnos lo que más podamos para atacar al otro día.

Alrededor de las nueve de la noche, todos estamos metidos en la carpa, tratando de ordenar y ver cómo dormir. Tres personas en un espacio tan reducido, de por sí, genera desorden, y para hacer más delicada la situación, dos velas encendidas limitan los movimientos, evitando tumbarlas. Hasta ese momento, el ruido provocado por las aguas del río no era ningún problema, pero en la quietud de la noche, tratando de conciliar el sueño, cansado y con el cuerpo adolorido, se transforma en una pesadilla. Sin embargo, de pronto, lo que molesta, se transforma en arrullo. A pesar de que algo me estorba —traspasa la colchoneta y me duele la espalda— mi sueño se hace de piedra.

Muy de madrugada, el sonido de la cocinilla me despierta, pese al sigilo de Noja al preparar el desayuno. Ya tiene hecho el jugo en la botella de dos litros y medio. Como despierto, me hace preparar pan con queso crema o mermelada para los tres. Justo cuando Iván se da vuelta para seguir durmiendo, Noja lo interpela:

—¡Ya, levántate, crestón! ¡Está listo el desayuno!

En realidad, solo ha hervido agua y cada uno se prepara lo que quiere. Yo tomo leche, Iván, café con leche y Noja, té. Pan con queso crema o con mermelada a discreción. El desayuno nos activa y comienzan los comentarios del sueño de anoche.

—Este río, huevón, no me dejaba dormir —masculla Iván.

Yo reclamo lo mismo y agrego que también me desvelé, porque pensaba en mi polola y en mi familia. Además, estaba adolorido de todas partes. La piedra incrustada en las costillas, sin importar cómo me pusiera, me molestaba.

—Como dormir en casa —comenta Noja.

Después, descubro que esparció sus ropas debajo de la colchoneta y que así logró dormir más blando.

—Como angelito —dijo.

Puso su reloj de pulsera para despertar en la mañana, pero no escuché la alarma, porque el buen sueño lo tuve muy tarde.

Cuando nos levantamos y salimos de la carpa, aún estaba oscuro. Me fijo que son otras las estrellas que hay en el cielo, distintas a las de anoche al acostarnos, se veían a pesar de estar encajonados y tener poca visión de la bóveda celeste.

Al anocheecer, ayer, vi una altura a occidente y paletas muy blancas.

—La cumbre, el Pintor y las paletas son penitentes —dijo Noja.

—¿Qué quiere decir que son penitentes?

—Son formaciones de nieve esculpidas por el viento —sentenció de nuevo nuestro jefe.

—A ver si somos capaces de salir a las siete —Noja nos aguijonea, apurándonos en guardar las cosas.

Iván y él levantan el campamento. Yo me hago cargo de lavar todo lo que se utilizó en el desayuno, aprovechando, a la

vez, de lavarme la cara y asearme con el agua fría del río. Cuando llego arriba, Noja tiene su carpa y colchoneta atadas a un costado de la mochila, solo quedan unas pocas cosas que echa a la marmita: mermelada, queso crema, un par de panes a una bolsa de nylon, un paquetito de leche en polvo que llevaba yo, todo adentro y listo.

Partimos un par de minutos después de las siete. Al mirar hacia atrás, no hay rastros de que hubiésemos acampado ahí. Nos esmeramos en no dejar restos de basura, la llevamos de regreso a Santiago. No debemos ensuciar para que otros también puedan disfrutar un ambiente sano y limpio. Tenemos muy asumido el mensaje ecológico.

Al ascender por la vega, me doy cuenta que es un pastizal pantanoso, con agua repartida por todas partes. Para poder progresar, debemos trazar un rumbo e ir saltando los charcos. Por fin, salimos y estamos sobre la ruta: una huella tropera muy marcada con suave inclinación ascendente.

Venimos bastante más livianos, pero, a poco andar, una repechada, a pesar de estar a la sombra y hacer mucho frío, nos vuelve a hacer transpirar. Una bajadita nos deja listos para cruzar el río a la otra ribera. El camino se hace difuso y uno lo adivina al otro lado, un poco más arriba. No queremos mojarnos los botines, así que damos grandes saltos. Al otro lado, Noja, que viene último, busca un tablón cruzado en el cauce, un poco más arriba, por donde ha pasado otras veces cuando el caudal era bastante grande, según él, pero ahora no está. A saltos llega al otro lado. Cinco minutos después, los tres estamos sobre la pista empinada, dura, resbaladiza. Aunque subimos en zigzag, igual nos cansamos.

Arriba de esta estribación hay un pequeño descanso. Subimos un poco y aparecen los primeros manchones de nieve, y con ellos, los rastros indígenas. Según nuestro jefe, las pircas que tenemos a la izquierda eran centros de acopio de materiales que los incas usaban en sus ascensiones rituales, tal vez, también sirvieron de refugio a las personas porque los muros son altos, unos setenta u ochenta centímetros. Aún hay restos de madera de árbol, tizones y cenizas. También, si uno busca, es posible encontrar trozos de alfarería, pero lo más importante del sector es un salto de agua. Potente chorro que al caer unos diez o doce metros más abajo, nebuliza parte de su caudal, produciendo un ruido estrepitoso. Es un sitio que mantiene grandes planchones de nieve en los espacios sombríos, y donde el agua, al azotar, cubre de hielo en los alrededores. El conjunto hace del lugar un recinto de recogimiento.

Excitado por esto de los incas y su pasado montañero religioso, bajo hasta una poza donde golpea con fuerza el agua, luego lo hace Noja, después Iván que toma varias fotografías. El sol nos envía su luz. Todo es magnífico.

Iván me saca de mis meditaciones cuando comienza a tirar bolas de nieve desde un sitio un poco más alto, y al rato, los tres estamos jugando como niños.

Para Noja y para mí, es complicada la situación, porque estamos en un sitio con piso de hielo y cualquier mala maniobra puede terminar con nosotros en el cauce helado. En un momento, mi compañero tira muchas bolas a Iván, la cosa se hace un poco más pareja, ahora, a él también le llegan disparos que se desintegran cuando dan en el blanco. Yo aprovecho para ir subiendo de a poco, porque se hace muy pesado, me ahogo por falta de oxígeno. Cuando llego arriba, me reintegro a la guerra, la

nieve ahora me cae por todas partes, a pesar de que tengo las manos casi congeladas, sigo tirando, porque el jueguito es divertido.

A una mirada de Iván, los dos se abalanzan sobre mí, tomándome, uno por los pies y el otro por el torso, de modo que no puedo moverme. Fue entonces que mi compañero Iván comienza a introducir nieve entre mis ropas, en la espalda y el pecho, mientras, al unísono, ambos gritan:

—¡Bau-ti-za-do!

Comienzan a contarme que así bautizaban a los chicos del grupo excursionista que Noja sacaba a la cordillera. Esto ocurría hace años, cuando todos vivían en el mismo pasaje, recién se habían incorporado y aún no sabían lo que era la nieve.

Terminada la diversión, saqué los restos helados de los disparos, pero me quedaron las ropas mojadas y me dio mucho frío. Reconozco que, en ese momento, me molestó muchísimo, pero después encontré simpático el rito y ahora me siento un «iniciado». Posteriormente, nos abrazamos en señal de que no hay rencores, de que somos una comunidad que lucha por superar un obstáculo. Principalmente, queremos conocernos a nosotros mismos, vencer nuestras limitaciones y entregar lo mejor de cada uno para conseguir el objetivo.

Lentamente, subimos al camino para encontrarnos con las cargas. Nos servimos raciones de marcha. Iván sacó unas bebidas (que no sé cuándo puso en la nieve). Todo estaba preparado.

Partimos de nuevo en demanda de La Hoya, la meta de hoy. Largas estribaciones. Pedregales inmensos. Ahora la huella va por cajón abierto, con una hermosa vista del paisaje y todas las montañas adyacentes. Hacia la derecha, vemos el cerro Bismarck, cuya arista sur baja hasta juntarse con el Cepo.

Mientras avanzamos, nos alcanza una recua de mulas, caballos y jinetes, cargados con bultos y mochilas en dirección al mismo lugar que nosotros. El día anterior, cuando llegamos a Piedra Numerada, también divisamos un grupo grande de personas y animales que subían zigzagueando al portezuelo del Cepo. Mientras se iban perdiendo en las sombras, el sol, con sus últimos rayos, alumbraba los grandes picachos andinos.

Desde la izquierda, hacia el oeste, se advierte un camino serpenteante que se descuelga desde los faldeos de Canchas de Carrera hacia La Hoya. Ahora, el río Molina lo perdemos de vista; a veces lo escuchamos. Hay lugares donde la pendiente es muy poca; en cambio, existen grandes piedras que nos desorientan. En un punto de la ruta, en un rincón, en dirección norte, hay una estribación que no soy capaz de saber si es del Plomo o del Leonera.

Con tres planchones de hielo cubiertos de nieve, donde nacen tres chorros de agua que se pierden en un gran pedregal para aparecer un poco más abajo, a poco andar, al resguardo de una gran piedra, almorzamos frugalmente para luego continuar hacia nuestro objetivo.

Se ve más cercano el glaciar, con sus fisuras y relieves. También se visualizan claramente los caminos que conducen a la parte alta de la montaña. Al este, tenemos un morro grande, con forados desde donde bajan unos chorreados, que aparentan caída de agua congelada derritiéndose. Yo, sumido en mis cavilaciones, pienso en mi madre, en mi casa y en todas las cosas que he dejado por llegar hasta aquí, un lugar desolado. Casi no hay vida; muy pocas plantas resisten estos rigores y solo se avista una que otra ave. Cuando levanto la mirada, veo una caja color anaranjado, como un lustrín grande, forrada en lata. Es el Refugio Federa-

ción, rodeado de grandes rocas que claramente han caído desde los chiflones de Canchas de Carrera, pero que no han alcanzado la caseta.

El pedregullo que pisamos ahora en este lugar es visiblemente más redondeado, señal inequívoca de que alguna vez lo cubrió el hielo glaciar y lo erosionó. Al fondo, un par de hilos de agua del derretimiento del ventisquero Iver. Un poquito más arriba, a nuestra derecha, al norte, se observa una loma gris verdosa que cierra en semicírculo, con un zigzag que la recorre por el centro en la parte baja. Yendo a la derecha, en la parte media y, al final, a la izquierda, en su tercio superior, se acerca a un considerable y sonoro chorro de agua, que también es desagüe de los glaciares superiores.

Ya estamos en La Hoya. Aquí hay varios campamentos con diversas personas, hombres y mujeres. Entre todos, se saludan como si fueran viejos amigos, comparten golosinas, jugo y frutas: la confraternidad montañera. Somos unas quince personas. Están los que vienen de la cumbre, los que van a ella y los que tienen como objetivo los cinco mil metros del filo de los adoratorios o pircas indígenas. Para otros, la meta es llegar al Glaciar, un escalón más arriba. Y hay los que aspiran alcanzar La Hoya, cosa que es inconcebible para mí. Es como estar bajo el parrón y ni siquiera pellizcar la uva.

Llegamos a eso de las tres y media de la tarde. Transcurrida una hora, cae una leve plumilla⁷. Aún queda algo de luz. De pronto, todo se puso gris y con un viento arremolinado, puesto que es un lugar arrinconado. Esto torna el paisaje más interesante. En las carpas, algo blanquecinas, resaltan los llamativos colores. Nos instalamos detrás de un pequeño montículo para protegernos del viento directo del cajón.

7

Plumilla: término que se utiliza para describir una nieve muy fina y ligera.

—Nos queda más cerca el agua —dice Noja.

Los andinistas conversan en grupos, sentados en rocas, discutiendo rutas o simplemente contemplan el paisaje a pesar de la nevisca.

Nuevamente, Iván y Noja se encargan de levantar nuestro habitáculo, y yo de buscar agua en las botellas grandes. Las maniobras deben ser rápidas aquí para que nuestras ropas no se mojen y no se embarre el interior de la tienda con nuestro calzado. Después, nuestro guía se encarga de preparar su patentada sopa Lázaro, instalando la cocina en el ábside⁸. Iván trata de ordenar lo mejor posible el interior, pero la estrechez convierte su esfuerzo en algo casi inútil. Esta vez, la iglú ha quedado sin ningún pliegue y los vientos⁹ amarrados a grandes piedras, porque no hay forma que las estacas se sujeten en las piedrecillas sueltas que conforman el piso del lugar. Noja está con medio cuerpo afuera, mientras nosotros nos encontramos confortablemente en el interior estirando y ordenando ropa, colchonetas y sacos de dormir. Llega la pretendida sopa Lázaro, ahora sí, vivificante sin ninguna duda; contiene fideos cabello de ángel, choritos en conserva, cebolla en pluma y unos crutones fritos de pan añejo. ¡Mmm!

Hay que tratar de no tocar el techo para que no se moje el interior de nuestra tienda, aunque la carga de nieve no da para eso. Más bien, es una enseñanza, lo mismo que una canal excavado en el exterior, alrededor de la guarida, con pendiente y salida de agua hacia abajo. La plumilla, tan pronto cae, se derrite.

Después de la cena, cafecito o té, pan con mermelada o queso crema, una conversación distendida sobre variados temas y comentarios del viaje, como qué me pareció todo. Yo respon-

8 Ábside: término que se le suele dar a la parte de la carpa que sobresale y que, a veces, está protegida por un pequeño techo.

9 Vientos: cuerdas que se utilizan para asegurar la carpa al suelo.

do que me impresiona la naturaleza, la aridez de la geografía, la amistad que se profesan todos en la montaña; toda la gente comparte, aquí no hay contrincantes.

Iván refiere sus actividades personales, sus relaciones familiares y salidas anteriores. Noja se explaya en la preparación que hemos tenido para llegar a subir este cerro. Consistió en un trote muy exigente y ascensiones a los cerros Pochoco (1700 metros de altitud), Provincia (2750 metros), San Ramón (3340 metros) en el día, una ascensión al cerro Piuquencillo (4050 metros) en casi tres días, que incluye una canaleta en que obligatoriamente había que usar grampones.

Iván y Noja ascendieron el cerro Leonera (4950 metros) en una oportunidad en la que se me hizo imposible participar. Para mí, la salida al Piuquencillo que comenta Noja fue muy enriquecedora porque, ya he dicho, usamos estos aparatos técnicos en los zapatos: los grampones. También bajamos con las nubes cubriéndolo todo, con muy poca visibilidad, no más de diez metros y a veces con rachas de viento fuerte que solo amainaron a la altura del cerro Las Tórtolas.

—Lo que pasa es que hay que adaptar el cuerpo gradualmente a la altura. Hay que observar las reacciones de las personas con la falta de oxígeno, dormir en carpa, las incomodidades y todo eso —agregó nuestro guía, que es el más experimentado.

Aunque considera que los 4050 metros del Piuquencillo es todavía poco, en mi caso, para intentar este cerro. Hubiera sido deseable que participara en el Leonera; me habría dejado mejor aclimatado.

A esta altitud se duerme poco, más bien se descansa. El corazón está agitado, el ruido del agua ya no es un arrullo, el piso, de frentón es duro y sinuoso, y la noche me pareció eterna. Creo que aún no estoy bien adaptado a la altura.

DÍA DE CUMBRE

La diana de hoy, domingo, es a las 04:30 horas. Noja se incorpora inmediatamente después que suena la alarma de su reloj de pulsera. Yo me hago el lesa, pero al cabo de un rato me levanto. Iván duerme como un lirón. Ayudo a preparar el desayuno, desabrigo las botellas que han quedado envueltas para evitar que se congele el agua; se dice que anoche la temperatura fue relativamente benigna, unos 3 o 4 grados bajo cero. Ahora el líder despierta a Iván con más fuerza, porque, sí o sí, hay que salir temprano: se viene el cruce del glaciar y una jornada muy larga.

Todo debe hacerse lentamente para no cansarse. A Iván le toca preparar el pan con mermelada o queso crema y las botellas con jugo. Derramo, sin querer, un poco de leche en el piso de la carpa, y en un par de segundos se congela. La ropa está muy helada, y lo que quedó húmedo se ha escarchado. El frío es intenso; nadie, excepto Noja, ha salido del albergue.

Preparamos el asalto a la cumbre. Nos equipamos con mochilas pequeñas (cubreras) para llevar las botellas de jugo, raciones de marcha, ropa de abrigo, cortavientos, anteojos para el sol, filtro solar, guantes de repuesto, cuerda, crampones, cámara fotográfica, pilas de repuesto y piolet.

Los tres, con linternas frontales, nos deslizamos fuera, resueltos a conquistar la gloria. La oscuridad y el frío nos reciben; de inmediato, nos ponemos los guantes. La nariz y los ojos se sienten muy helados. Partimos.

Nuestro profe, una vez más, toma la delantera y nos conduce por la loma que cierra el semicírculo en el que estamos. Ahora, con la luz de la luna, este se ve algo blancuzco. La huella es bastante nítida; hacia lo lejos, se recortan siluetas de montañas oscuras, casi indefinibles. Noja, que las conoce todas, no es capaz de distinguirlas.

La huella es empinada y nos hace acceder a un lugar que, incluso en la semipenumbra, resulta espectacular. Se vislumbra el glaciar Iver, agrietado; se escuchan sonidos de agua corriendo, invisibles, entre rocas y piedras de todo tipo en su superficie. Sobre una pequeña cresta morrénica, hay algunas pircas que los andinistas levantan alrededor de sus carpas para protegerlas del viento. Están muy cercanas a la ruta.

Hay una que otra carpa alumbrada en su interior, donde se alcanzan a ver las actividades previas a la cumbre. Mientras tanto, en otros campamentos oscuros, reina el descanso.

El abrupto camino que sigue se dirige hacia el este y nos deja sobre unos lajones¹⁰ cafés superpuestos, donde se encuentran unas lagunas congeladas. Ya estamos montados sobre un lomo largo en dirección noreste, donde a cada lado hay peligro de caer: a la derecha, un zanjón con manchones de nieve y, a la izquierda, abruptamente, el glaciar. La puna se hace ostensible.

Ya ha amanecido, y se revela todo lo hermoso, vastedad e imponencia de la naturaleza; cruda e inmensa. En el suelo hay restos de vómitos, señal inequívoca de los efectos del mal de montaña que afecta a la persona que se aventura por estos lugares sin estar preparada.

Hasta ahora, solo tengo un leve dolor de cabeza y un ligero palpitar en las sienes, por lo que voy ajustando mi ritmo de cami-

10 Lajones: piedras macizas cortadas en bloques de poco alto, de ancho y largos diversos.

nata a mis posibilidades, siguiendo el consejo de Noja. No quiero que por ningún motivo este desafío me gane. Siento temor de que los síntomas de la altura se manifiesten con más fuerza.

La ascensión se torna cada vez más difícil; mi voluntad se va templando, y comienzo a analizarme internamente. Me doy cuenta que son el cerebro y el anhelo los que mueven al músculo a dar un paso más allá, pese al cansancio y lo mal que uno pueda sentirse.

Ahora enfrentamos una escarpada subida en terreno duro y resbaladizo. El piso está congelado, y nuestros pasos no logran aferrarse al suelo, dando la constante sensación de que en cualquier momento podríamos caer. La huella cruza un puente sobre el zanjón, donde hay un refugio como un lustrín anaranjado, muy deteriorado y con la entrada directamente frente a nuestra ruta. Es un refugio muy pequeño y bajo, mal ubicado, expuesto y con escasas probabilidades de mantenerse en pie.

En este lugar, Noja estuvo a punto de decirnos que nos pusiéramos los crampones, algo que confesaría más tarde.

La repechada nos lleva a un sitio muy singular: una especie de plataforma con un refugio en forma de «A», más o menos achatado y algo redondeado, con una gran cantidad de nieve acumulada por el viento en sus costados y hielo en su interior, convertido en un montículo. Donde debería estar la puerta hay un hoyo, mientras esta yace a un lado. Huelga decir que sería necesario repararlo, ya que ofrecería gran utilidad tanto de subida como de bajada. Según nuestro guía, en sus tiempos de gloria, este refugio salvó a muchas cordadas de las inclemencias del clima. Yo pienso y comento que sería maravilloso poder llegar aquí tras el ataque a la cumbre. Hemos recibido muy buenas referencias: es cómodo y amplio. Aunque, un poco expuesto al viento,

siempre cuenta con hielo o nieve cercanos para hacer agua. Sin embargo, en las actuales condiciones...

Noja nos cuenta que ha pernoctado aquí más de una vez, algo que corroboramos al encontrar una inscripción suya de hace veinte años.

Sentados en suelo helado, descansamos durante algo más de diez minutos y tomamos jugo de las botellas, que tienen el gollote congelado a pesar de venir bien abrigadas. Con el cansancio a cuestas, no dan ganas de moverse.

A todo esto, ya está totalmente claro, y ahora sí se distinguen todas las cumbres, tanto las cercanas como las lejanas. Nos quitamos las linternas frontales para que no impidan la circulación de la sangre a la cabeza, las guardamos y..., ¡a caminar de nuevo!

—¡Miren! La ruta parece que cuelga desde el filo por esos acarreos¹¹; llega como en diagonal al filo de los cinco mil —llama la atención, Iván.

Nuestro guía acota que, al otro lado de la arista, están las pircas o adoratorios indígenas. Sentimos que es bueno andar con una persona conocedora de los lugares por los que uno se aventura.

—Allá arriba se ven dos puntos moviéndose hacia abajo en la serpiente del camino —comenta Iván, nuevamente.

—Sí, vienen solo del glaciar, no de la cumbre —responde Noja, complementando la observación.

—¿Cómo sabes que no vienen de la cumbre? —pregunto al profe.

—Porque del glaciar a la cumbre queda mucho por recorrer todavía, y, por la hora, en ir y volver habrían tardado mucho más —aclara.

11 Acarreos: terreno cubierto de piedras, generalmente del mismo tamaño, aunque también puede incluir algunas de dimensiones variadas.

Efectivamente, cuando nos cruzamos con ellos, después de saludarnos efusivamente, contaron que no pudieron cruzar el nevero por falta de grampones. «El hielo estaba muy duro, era peligroso cruzar en esas condiciones», explicaron. Tenían pretensiones de cumbre, pero ese detalle los detuvo. Se conformaron con que la joven alcanzara la Cota Cinco Mil, como llamaron los franceses a ese lugar (cruce del glaciar y filo de los adoratorios), en un campamento en la Hoya el día anterior. A juzgar por los comentarios, el muchacho había hecho cumbre en otra oportunidad.

Después de desearnos mutuamente buena suerte, nos despedimos para continuar con el tremendo repecho de acarreo fino sobre terreno duro. Al principio, era inestable, pero más adelante aparecieron unas grandes lajas superiores y tambaleantes que pusieron a prueba nuestros nervios. Hay que tener fuerza de voluntad y firmeza psicológica para avanzar dos pasos hacia arriba y retroceder uno en el acarreo.

La inestabilidad en los lajones es aún más desafiante. Incluso Iván cayó al pisar una loza, que a pesar de ser grande, no estaba segura. Pudimos atraerlo nuevamente al camino acercándole el piolet del guía y asegurando la maniobra con una especie de cadena humana. Hasta nuestro compañero Noja trastabilló en algún momento. Seguimos cruzando a la izquierda, a veces pisando nieve muy dura.

Por fin alcanzo la Cota Cinco Mil. Al salir al otro lado, nos tiramos al suelo, jadeantes como peces fuera del agua, pero felices de que todo va bien; los objetivos se van logrando uno a uno, con esfuerzo. Es reconfortante acercarnos a la meta sin grandes contratiempos.

Cada vez que descansamos, me adentro más en mis pensamientos: pienso y pienso. La inmensidad me hace sentir que somos poca cosa. Me doy cuenta de que soy alguien mientras permanezco unido a mis compañeros. Me gustaría someter a esta experiencia a todos los soberbios, altaneros y egoístas para que bajaran a la tierra; hacerlos sentir que nos necesitamos unos a otros. Al profe de matemáticas, un semidiós; al inspector del colegio; y a algunos de mis compañeros, que porque los papás tienen plata, se creen superiores al resto. En estas conjeturas estaba cuando escucho el aguijón de Noja:

—¡Ya pasaron los cinco minutos!

Nos ponemos de pie a nuestro pesar, pero nos estimula la imponente visión de un gigantesco glaciar que baja por el noreste desde lo alto del Plomo hacia el Cajón del río Olivares, es decir, hacia el sureste. Es inmenso, majestuoso, blanquísimo y brillante, gracias a la acción del sol que atraviesa los cristales de hielo y derrite las capas superiores.

Mientras adelantamos por la huella, muy definida y festoneada por manchas de nieve, a nuestra izquierda aparecen los adoratorios, semejantes a sillones, pulcramente construidos con la piedra rojiza de los alrededores y con vista privilegiada hacia la gran cima.

—¡Qué magnífico trabajo! Se necesita gran cantidad de personas a esta altura para la realización de tamaña obra —fue nuestro comentario.

Nuestro jefe añade que hay un tercero, un poco más abajo, que completan los tres conocidos. Caminamos un corto trecho y nos detuvimos para ponernos los grampones antes de cruzar el glaciar.

Sobre el hielo, los pasos deben darse con mucho cuidado y cierta fuerza, para que las puntas de los grampones se hundan lo suficiente y proporcionen agarre. Una caída aquí podría resultar en un accidente grave: si se pierde la sustentación, se caería al menos unos doscientos metros, sin posibilidad alguna de efectuar un rescate. La víctima llegaría, irremediablemente, en calidad de carne molida a la grieta medianera que atraviesa los hielos eternos. Hay que avanzar con los pies ligeramente abiertos para evitar que las puntas agudas de estos aparatos adosados al calzado se enreden con la ropa. Aunque son complicados de usar, resultan imprescindibles.

Al otro lado, tras haber cruzado la masa de hielo, hay que quitárselos, ya que el terreno que continúa es tierra, acarreo y manchones de nieve.

Trepamos una antecumbre muy grande; parece que mis compañeros, que me preceden, estuvieran acercándose al cielo. Si uno bordea este alto por la derecha (este cardinal) el camino lleva hacia la loma cumbre, cuya cúspide se encuentra más al norte. Por el contrario, si se bordea por la izquierda (oeste cardinal) se llega a la tumba de Kauripaxa, el niño inca sacrificado en lo más alto de estas tierras.

—Noja, ¿tú sabes la historia real de la momia? ¿Cómo fue eso? —preguntó Iván al llegar al sitio donde hay una placa recordatoria del entierro del niño inca.

El guía respondió que nos contaría lo que sabe del caso al llegar a la carpa.

El recinto sobrecoge solo de pensar que aquí se efectuó un sacrificio humano, en un lugar donde cuesta tanto realizar cualquier actividad. Sin embargo, los incas practicaban ceremonias rituales en estos lugares extremos.

Nos reunimos los tres a admirar la obra de los incas y, luego de rendir nuestro respeto al lugar, continuamos la caminata hacia la cumbre.

Una serie de montículos engañosos, uno tras otro, fuimos devorando. La meta no aparecía hasta que, por fin, el monte se hizo más plano, y en un cairn¹², o pirca, vi a Iván levantando los brazos al cielo y abrazándose con Noja. Casi creo que a los dos se les humedecieron los ojos; la emoción contenida viene después en forma de lágrimas.

Yo me sulfuro y el calor me invade completamente. Tiritando de nervios o emoción, un par de minutos después llego a la cima. La primera sensación es de alivio. Ya se me estaba haciendo muy larga la remontada, y me tocó llevar la mochila en el último tramo. Aunque no estaba pesada, a 5430 metros de altura, hasta la ropa que se lleva puesta pesa.

Al hollar la cumbre, grito: ¡Por fin! Se me caen las lágrimas. Esta montaña representa mucho para mí: ilusión, desafío, conexión con la naturaleza e historia. En fin, ahora los tres nos abrazamos y, como ebrios, damos tumbos. Los más experimentados me felicitan emocionados y me entregan mensajes sinceros y fraternos que me llegan muy adentro del corazón: «Queremos que también integres nuestra cordada, tienes alma de montañero. Nos esperan muchas cumbres». Lo que más me queda grabado es lo que dijo el viejo: «Se nos dio la vida, hay que subir montañas». Esta frase me quedó dando vueltas por mucho tiempo.

Me prometo a mí mismo continuar con este hermoso deporte como forma de vida, siendo ordenado, metódico, siempre

12 Cairn: montículo de piedras que los exploradores construyen como punto de referencia o para marcar su paso. Los senderistas añaden piedras a la estructura para guiar a quienes vengan después.

ascendente, aceptando los consejos de los que tienen mayor experiencia y escuchando a los que saben más.

Iván procede con otro rito que me llama la atención: el intercambio de testimonio¹³. Dejamos los nuestros y nos llevamos los existentes, que estaban en una caja metálica metidos en una bolsa de plástico. Todo esto está guardado bajo unas piedras, un mojón o cairn, sobre el cual hay una placa recordatoria de un andinista fallecido. Cada uno deja escrito algo de su inspiración en el papel del testimonio. Yo dedico esta montaña a mis viejos. Con esta actividad, creo haberme acercado un poco a Dios. Es muy difícil no pensar en él ante tanta magnificencia y belleza. Nos llevamos un banderín que Noja e Iván acuerdan entregarme. Justo en ese momento, Noja me dice lo de: «Se nos dio la vida...», lo que me provoca mucha emoción. Agradezco la entrega y pienso ponerlo en la parte más visible de mi pieza. Dejamos dulces también en la cajita.

Nuestro guía ha abierto un tarro de piñas en conserva: otro rito. Es la tercera cumbre en la que comparte algo rico con el resto de la cordada. Lo cuchareamos del mismo tarro porque nadie trajo tuestos para repartirlo. Lo mismo el jugo; lo tomamos de la misma botella. Total, ya estamos hermanados en el esfuerzo y peripecias. En los testimonios hay hermosos mensajes y deseos de buenaventura para los hermanos montañeros que aquí lleguen. Iván comparte sus barras de cereales y frutas. Yo saco y reparto mis chocolates.

Hemos venido tomando fotografías a todo lo que consideramos importante, y no podía faltar una foto en la cumbre. Primero, yo le tomo una a Iván con Noja. Después, Iván nos toma a

13 Testimonio: papel, tarjeta u objeto que sirve para demostrar que una persona estuvo en la cumbre. Quien lo encuentra, debe dejar su propio testimonio para que sea encontrado por el próximo escalador.

los dos Janos, el viejo y el joven. Y para salir los tres, enterramos un piolet, atamos la cámara con elásticos y la pusimos en modo automático.

Un poco pasada la gran emoción, Noja me muestra las grandes cumbres circundantes: El Altar, La Paloma, El Litoria, El Fickenschner, el Bismarck, El Aconcagua, El Tupungato, el volcán San José, El Maipo, en fin, tantas siluetas majestuosas que pasan a engrosar la lista de los próximos desafíos, porque esto sigue y no para. Esta es mi promesa solemne ante mis amigos y ante mi conciencia.

Somos los únicos en la cima y llevamos unos tres cuartos de hora arriba. No aparece ninguna cordada, tampoco nadie en lontananza. El lugar se hace casi rutinario; el día es precioso, diría caluroso, diáfano, sin una gota de viento, así que nos aligeramos un poco de ropa. Ya es pasado el mediodía. Noja descubre unas nubes por sobre las montañas hacia el noreste y, como si nada, dice:

—¡Apurémonos, bajemos luego! ¡No sea que el invierno boliviano nos pille y nos cause algún problema!

Yo quedo incrédulo, ¿qué nos puede pasar? El día está precioso, todo está despejado, ni siquiera hay viento y, ante mi pregunta, se explaya.

Con su explicación, queda muy claro que hay que apurarse en guardar todo y largarse. El último sorbo de jugo antes de comenzar a *trutear* cerro abajo. Nuestra estancia en la cima duró cerca de una hora, que se hizo poca.

A eso de la una o una y media, cruzamos el glaciar de bajada. Cuidadosamente debemos resguardar la cumbre; no nos debe pasar nada. Gran parte de los accidentes ocurren bajando el cerro. A veces, con la euforia del triunfo, se relaja la seguridad

o no se dosifican las energías, lo que produce falta de concentración y puede generar consecuencias lamentables. Al mirar hacia la parte alta de la montaña conquistada, veo que la cubre una gran masa de nubes, muy amenazantes, que baja desde la cima con una inmensa capacidad de armar y desarmar volutas y otras formas de vapor.

Ya en la parte alta del filo de las lajas grandes, saliendo de los adoratorios, la nubada nos había envuelto por completo.

No vemos el refugio Agostini, que es claramente visible desde donde pisamos, y es un punto de referencia —dice el guía.

Muy pronto comenzó a nevar intensamente y a correr un viento que hacía imposible la vista y comunicación a poca distancia. El descenso hasta aquí fue rápido, pero ahora debíamos moderar nuestros pasos por lo abrupto e inestable del terreno, evitando los resbalones o tropiezos; aún estamos muy alto. Todo ocurrió muy rápido, no alcanzamos a pasar el delicado sitio antes de que se cubriera todo.

De repente, hubo un gran estruendo, antecedido por una luz cegadora, y todo se transformó en un caos de relámpagos, truenos, viento y nieve: ya estamos en medio de la tormenta. Iván y yo estamos muy asustados; nunca vimos nada igual. Aunque en la Canaleta del Piuquencillo caminamos entre nubes, nada se compara con el infierno que estamos viviendo.

Los truenos y los relámpagos se producen sobre nuestras cabezas. Noja nos contó que en la montaña hay que alejarse de los filos o lugares altos porque atraen a los rayos; se dirigen a lo que sobresale del terreno. Nos detenemos para sacar los aparatos metálicos de los pies, que normalmente colocamos sobre la testera de la mochila. Yo creo que esto es más psicológico que

efectivo, porque son muchos los rayos que caen. Me siento como si estuviera a merced de un océano en tormenta.

El temporal arrecia, y los truenos rasgan el aire; en cualquier momento uno nos alcanza. A veces, la nevada hace que cunda el descenso, al resbalar suavemente en cada paso. Sin embargo, vamos igual, lento y con cuidado, procurando no perder el rumbo trazado en un claro entre las nubes. Por primera vez, veo a nuestro jefe preocupado.

Caminamos en grupo, muy compactamente, para no perdernos; y, si lo hacemos, que sea todos juntos. La nieve se acumula en todas partes, y a cada trueno o relámpago, Noja exclama: «¡Se picó, se picó!». Yo creo que eso lo hace para darse ánimo. Para nosotros, es un pequeño gesto de confianza. El viento blanco nos azota la cara y no nos deja ver la ruta. De repente, podemos zigzaguear por la pendiente. Un poco más, y el terreno es casi plano. A Noja se le nota más tranquilo, aunque nunca ha perdido esa condición.

—Yo creo que ya pasamos el refugio Agostini —suenan las palabras del viejo, las cuales esperábamos muy atentos—. Debemos estar muy alerta para empalmar a la derecha con el lomo punero, donde, a la subida, encontramos las muestras de vómitos.

Suerte para nosotros que vemos hacia abajo la silueta del refugio: lustrín de zapatos. La bajada es muy deslizante y dura; todos trastabillamos, pero no caemos. Se revela la atención y tensión que llevamos puesta al caminar. Vamos muy lento, y Noja trata de infundir confianza entre nosotros.

—Queda poco —nos dice.

Hace un rato que nos hace participar, tratando de que reconozcamos, a ciegas, un paisaje que no vemos: «¿Te acuerdas de esta piedra en que el camino giraba a la izquierda?» o «¿Se

acuerdan de que, a la altura de Agostini, el terreno era casi plano? ¡Vamos bien!».

Las lagunas congeladas y los lajones grandes nunca los vimos. Al parecer, nos pasamos de largo porque comenzamos a bajar muy abruptamente. Nos devolvemos y cortamos hacia la derecha. El descenso es un poco menos inclinado; por lo tanto, ahora vamos por buen camino, según Noja. Todo está cubierto de nieve. Yo tengo mucho susto; no estoy tan seguro de que vamos bien.

—Aquí torzamos a la derecha para caer al glaciar —sentencia el guía.

Iván, que es el primero, asiente, cambiando la dirección de sus pasos. En ese giro, todo se vuelve pendiente, hasta pisar casi las pircas de las carpas de la mañana. No hay nadie, y yo recién creo que vamos por buena senda. Saltando piedras grandes, llegamos a la parte alta de la loma gris verdosa, ahora, totalmente blanca. Recién en este momento, creo que pasamos por aquí en la madrugada, en la subida. Todo coincide, como lo dice el profe.

Caemos varias veces porque las piedras son grandes y los recovecos que quedan entre ellas están cubiertos con mucha nieve, lo que, al pisarlas, las hace inestables, sobre todo porque queremos llegar pronto. No zigzagueamos, vamos recto, hacia abajo, por la pendiente. Luego, llegamos a una parte un poco más plana que no recuerdo, e Iván grita:

—¡Aquí está la carpa!

Yo voy junto a Noja; me infunde un poco de tranquilidad. Nos dirigimos hacia las dos siluetas que apenas se notan en la nevazón. Al escuchar el grito de Iván, me vuelve el alma al cuerpo.

Nuestro jefe nos ha traído a ciegas por lugares muy escabrosos, donde perfectamente pudimos haber cortado para cualquier

lado y habríamos perdido nuestro refugio. Las consecuencias son fáciles de adivinar.

Por lo menos estaremos protegidos. Nos alegramos mucho de encontrar el cobijo y las cosas que nos permitirán sobrevivir a este infierno helado.

Noja nos inspira infinita confianza. Lo recalco porque lo comentamos varias veces con Iván.

Nos sacudimos muy bien antes de entrar al ruco, nos tendimos en las colchonetas para descansar y distendernos un poco.

—Vamos bien. Ahora, pase lo que pase, nos cubriremos con la tienda y tendremos ropa de abrigo y sacos de dormir. La comida la racionaremos —son las palabras del jefe, y hay que acatar.

Cuando pasamos por el pie del glaciar, casi no se oían los hilos de agua de la madrugada. La nieve ahoga los sonidos, y al caer, enfría los caudales haciéndolos menores, casi nulos. Yo me engañé y, lo confieso, perdí la confianza; pensaba: «vamos mal».

Sobre el morro gris verdoso nevaba más; los truenos y relámpagos se hacían sentir con mayor fuerza porque el lugar es un rincón, y buscábamos descender rápido. Caímos varias veces no solo por lo empinado, sino también por las ansias de llegar pronto.

Cuando se produce un relámpago, el aire se llena de un estruendo fenomenal; parece que las montañas se vinieran abajo. Después, se intensifica la caída de los copos de nieve, no dejando ver el suelo. El viento parece que nos arrancará del suelo. Estos son los comentarios que hacemos entre todos.

La carpa está totalmente cubierta de nieve, así como todo el lugar. Deben ser las tres y media de la tarde. Votamos para decidir si nos vamos o nos quedamos aquí a capear el tempo-

ral. Cada opción tiene características diferentes. Noja nos explica que, a esta altura, sobre cuatro mil metros, encajonados, el temporal dejará mucha nieve producida, más que nada, por arrastre del viento, que no nos podremos proteger de las potentes rachas; una de las cosas graves si sigue esto. Podremos descansar poco, dado que no dormiremos por la bulla, el viento y la nieve. Lo positivo de la opción de bajar es que no existen en el camino muchos lugares peligrosos para temer por rodados, por ejemplo. Lo encajonado del terreno no permitirá que nos dispersemos hacia los costados; sin embargo, nos enterraremos en la nieve blanda y profunda.

—Yo soy de la idea de bajar lo que más nos permita la luz de día (si se puede llamar luz a esta semipenumbra). Puede ser que más abajo no esté tan mal el tiempo, puede ser que mejore un poco. Posibilidades de perdernos son pocas, aunque siempre puede pasar algo. El cajón no permite que nos dispersemos a los costados. A lo más, podemos quedar atrapados en un lugar del cual no podamos seguir bajando. Si ocurre, ahí, en ese momento, instalamos el campamento esperando mejor tiempo o buscamos el sonido del correr del agua para ir buscando el camino, hasta encontrarlo. Así, podríamos llegar a Piedra Numerada o cerca de ella —opina el guía.

Después de su locución, nos toca hablar, y resueltamente le respaldamos. No nos quedaron ganas de decir que quisiéramos quedarnos aquí por lo cansados que estamos.

Comeremos algo rápido: una lata de atún cada uno, pan y jugo, y nos largaremos; levantaremos el campamento. Cuesta mucho desarmar y enrollar la carpa porque está mojada, y Noja tiene razón: ha nevado intensamente unas cuatro horas y se ha acumulado muchísima nieve; mañana sería tremendo.

Más truenos y relámpagos, más viento blanco. Amarramos las colchonetas que van atadas a un lado de la mochila. Al otro lado va la carpa, casi como un mamarracho.

Aunque ya es lección aprendida, conversamos que no debemos separarnos porque no nos vemos ni escuchamos a un par de metros de distancia.

Nuestros pasos van lo más pegados al río, pero a veces lo dejamos de escuchar. Nos asustamos, pero sabemos que las laderas del Bismarck y del Cepo no nos permitirán ir más lejos. Al este y al oeste, están las pendientes de Canchas de Carrera y el Pintor. Tenemos que ir atentos a no encerrarnos y quedar atrapados sin movimiento entre los peñascos. Nunca encontramos los neveros en que nace el Mapocho, que era nuestra próxima referencia. Pasamos de largo por esa loma hacia abajo y nos metimos en problemas. Damos largas zancadas y saltos entre grandes piedras que nos hacen perder dirección, mas siempre encontramos un hilo de agua que nos indica que bajamos por buen camino.

Está oscureciendo y no llegamos a ninguna parte, hasta que escuchamos un potente sonido de aguas: la turbulencia del Salto, lugar del bautismo. Íbamos a él, tratamos de hacernos a la izquierda, hay grandes piedras y zanjas. Damos con la loma que buscamos, la bajé casi a gatas para no caer, mientras Noja me gritaba al oído: «Un poco más flectadas las rodillas, siempre de pie, sin gatear». Descubrimos que a esta altura la nieve que cae es menor y casi húmeda, a veces llueve.

Después de bajar este lomo, donde, en su base, encontramos la pirca de acopio y el chorro en cascada, nos aprestamos a cruzar el río a la ribera sur. Recordamos las laderas de ambos lados, pensamos que aquí no hay peligro de rodados ni caída de

piedras y votamos por acampar en estas cercanías o ir a buscar Piedra Numerada en la oscuridad.

—Aquí hay agua y el terreno es más o menos parejo, solo hay huevillo en el piso bajo la nieve, que hay que sacar para poner ropas estiradas bajo la colchoneta. ¡Aquí nos quedaremos! Aquí podemos descansar y dormir, hay bastante menos nieve y un poco menos de viento; es cierto que hace frío, pero donde vayamos pasará lo mismo —refiere el jefe, casi imponiendo su decisión.

Terminamos de bajar casi en penumbra. Con las linternas frontales, armamos la iglú. Las luces en nuestras cabezas alumbran poco, porque por la copiosa nevada la luz se absorbe en la oscuridad. Nuestros rostros aparentan figuras extrañas; parecemos tres fantasmas suspendidos en el aire, movidos por, quizá, una fuerza invisible. Afirmamos con piedras los vientos de la carpa, atentos siempre a que el cobijo nos quede bien estirado, sin pliegues, para que no se acumule nieve y no se pase el agua al interior.

El viento ruge y nosotros luchando porque nuestro ruco nos quede bien. Echamos las mochilas adentro para pegar el piso al suelo y que no se englobe. Al comienzo, resultó la estrategia, pero pronto fue necesario que me metiera yo con las piernas y brazos abiertos ocupando el máximo espacio. De esta manera pudimos dominar el piso y el viento. En efecto, en una pausa de Eolo, afirmamos con piedras dos vientos contrarios en forma diagonal. Después, se intensificaron las rachas, y paramos para continuar una vez que bajó la intensidad del vendaval.

¡Uf!, por fin armamos nuestra casa y la protegemos con una pirca estucada con nieve. El ábside queda ubicado al otro lado, protegido del viento por una roca grande. Al interior, des-

parramamos las cosas. Paramos las mochilas como murallas para evitar que el viento deformara las paredes hacia adentro al soplar. Dispersamos nuestras ropas, y sobre ellas, las colchonetas y los sacos. Aunque estamos protegidos dentro del nido, la cosa está aún complicada porque la tormenta no para; a veces se calma y es hermoso como nieva. Cada tanto hay que salir a apisonar la nieve para que no cubra nuestro domo y se convierta en un refrigerador. También, cada media hora, golpeamos el techo para que la nieve que se junta no nos aplaste.

Cuando llegamos, nos tomamos los últimos sorbos de jugo, por lo que llenamos de agua nuestras botellas para cocinar y medio lavar los utensilios; todo desde aquí adentro.

Durante la bajada, conversamos muy poco a pesar que veníamos muy juntos, pero aquí nos ponemos al día. Yo creo que ahora hablamos para no pensar en la delicada situación que vivimos. Hoy deberíamos estar en Santiago o, en el peor de los casos, en Farellones.

Las provisiones son escasas, pero mañana es el último día. Noja prepara la única sopa con fideos que nos queda; optamos por hidratarnos. Sopa, te, café, jugo, pan con mermelada. El resto del queso crema quedará para mañana, igual que un paquete de tallarines que no cocinamos hoy en el almuerzo, para no demorar la bajada.

Nuestras ropas mojadas quedarán sobre las mochilas de pie contra la carpa ejerciendo peso hacia afuera, contra el viento. Somos tres seres ateridos, húmedos, pero aún con la moral en alto por la conquista obtenida. Aunque hemos sido obligados a pasar estas penurias, estamos a tiro de cañón para salvarnos si mañana somos capaces de llegar a La Parva.

Hacia las nueve de la noche, estamos metidos en los sacos de dormir, con la ropa seca y las velas como fuentes de luz y calor. Las metimos en tarros desocupados hasta que se consumieron. Los truenos y relámpagos, al parecer, se fueron a otro lugar, más al sur; los escuchamos a lo lejos. Ya no son motivo de susto ni de molestias; solo queda la nieve que cae, como señal de que queda muy poco por vivenciar, y cada vez se hace más suave su caída.

Estando acostados, interrumpo un grato momento de quietud consultando a Noja por la momia bajada de la cumbre del cerro.

—¡Ah, sí!, quedó pendiente desde anoche eso —dice, y se apresta a entregarnos una versión más o menos acabada y no muy conocida en sus detalles.

En efecto, entre los años 1950 y 1953, un minero reportó al arriero Guillermo Chacón, que a la sazón también oficiaba de lo mismo, la información de que en las cercanías del Gran Salto de Olivares existía una mina de plata pura, la cual le entregaba a él, porque su edad y cansancio de cuerpo ya no le era posible explotar, aportándole todos los datos para llegar a ella. En la temporada estival, Chacón y unos parientes partieron a la montaña con la intención de hacerse ricos. Después de muchas peripecias y penurias, bajaron con las manos vacías, pero con la sospecha de que en las cercanías de la cumbre del cerro El Plomo se encontraba un entierro indígena, porque en la búsqueda se toparon con unas pircas construidas por la mano del hombre. ¿Quién más que los indígenas podrían haberlas erigido ahí a esa altura? Guillermo Chacón realizó varias incursiones con diversos acompañantes.

En una oportunidad llegó el minero, Tata, como le decían a Chacón, a casa de Luis Ríos, quien las oficiaba de zapatero,

poeta, compositor de huesos y otras profesiones, a solicitarle que fuera parte de una expedición y aventura al cerro El Plomo con el objeto de encontrar un entierro que les cambiaría la vida miserable que hasta ahora llevaban. Con ese motivo, Luis invitó a su sobrino Jaime, que trabajaba en la Central Hidroeléctrica de Maitenes.

Un día de febrero de 1954, se abastecieron de animales, alimentos y ropas, y partieron hacia la cordillera, esta vez por Piedra Numerada, con el Tata algo disminuido por la edad y por haber perdido un brazo. La labor más dura le correspondió a Luis Ríos, y en menor medida, a su sobrino Jaime.

A duras penas, soportaron las inclemencias del frío y la altura, hasta llegar a los cinco mil y tantos, donde, después de sortear el glaciar, por las pisadas dejadas por andinistas que los antecedían, procedieron a excavar una tumba en el lugar con las indicaciones de Chacón, que, por acuerdo, quedó esperando más abajo. Horadaron hasta encontrar figuritas metálicas y de hueso, un ajuar completo y, por supuesto, a Kauripaxa, el niño inca, de unos ocho años, al parecer de la realeza, o algo así, que fue llevado vivo al lugar. Para su sacrificio, se lo habría drogado o embriagado en ofrenda a sus dioses por bienestar, agua y buenas cosechas en el imperio. El cuerpo estaba en muy buen estado de conservación, por la sequedad del aire y las bajísimas temperaturas reinantes en el lugar.

Cavada y registrada la tumba, bajaron al infante a pulso para juntarse más abajo con el Tata. Descendieron todos hasta Piedra Numerada y lo escondieron lejos de las miradas curiosas, para después negociar su entrega al Museo de Historia Natural, no sin antes exhibir el cuerpo de la momia en una casa en Puente Alto. También, entre los expedicionarios, se repartieron algunas

figuritas metálicas, de hueso y concha spondylus. Hay que decir también que recibieron ofrecimientos para llevar al niño a un museo de Estados Unidos.

Así fue como llegó Kauripaxa, el niño inca, al Museo de Historia Natural.

Con este remate, nuestro jefe nos relató esta intrincada historia. Durante la narración, lo interrumpimos con diversas inquietudes, como cuánto cobraron, cómo se repartieron las cosas, cómo se gestó todo y sobre los altercados verbales que tuvieron con unos andinistas que observaron la exhumación y extracción de pertenencias del niño. Noja contestó todo lo preguntado.

Era obvio que surgieran diferencias entre estas personas, con poca educación y escasos conocimientos arqueológicos, y que se confundieran con ofertas de extranjeros. Al final, recibieron muy poca paga de parte de la directora del Museo de Historia, pero un explícito reconocimiento en una placa recordatoria, donde se inscribieron los nombres de los arrieros que bajaron al niño.

Desde ese hecho, El Plomo cobró mayor importancia, llegando a tener resonancia mundial, puesto que a esa fecha, era el hallazgo a mayor altura de restos arqueológicos que se producía en la Cordillera de Los Andes, revolucionando a la comunidad científica. Esto, sin contar, con la paradoja que se producía en el ámbito deportivo que consideraba que los primeros hombres que subieron montañas fueron los europeos, cuyo campo de acción no superaba las alturas de los Alpes y otras montañas, mucho menores que las de Los Andes. Aquí, los Incas sobrepasaron con mucho esas cotas, y antes que esos avezados montañistas europeos que desafiaron el frío, la altura, los mitos y miedos a lo desconocido de antaño, los incas ya dominaban las colosales cumbres ofreciendo sacrificios a sus deidades.

—Y un cogollito para terminar: la historia del Cuerpo de Socorro Andino también está ligada al cerro El Plomo —nos alertó nuestro guía.

—¿Cómo es eso? —dijimos a coro, despertándonos, más aún, pensando en otra sabrosa historia—. ¡Cuenta, cuenta!

—Bueno, esto yo lo sé porque viejos tercios fundadores de la institución de socorro me lo han traspasado en forma oral, no es que yo haya realizado alguna labor investigativa. Cuando he querido indagar, me he topado con que la Federación de Andinismo, en su biblioteca, tiene información muy difusa y dispersa recopilada en los antiguos libros (actas y revistas incompletas) que no he podido cotejar. Efectivamente, ocurrió que tres andinistas cruzaron la lengua superior del glaciar de este gran cerro. Uno de ellos perdió pie rodando hasta la grieta medianera que lo cruza. Yo no sé en qué condiciones iban, con o sin crampones, pero el caso es que, ante la imposibilidad de sus compañeros de sacarlo, bajaron a pedir ayuda. Cabe mencionar, que por esos años, el paso a cruzar tenía unas tres o cuatro veces la porción de hoy. Después de reunirse algunos clubes de montaña, seguramente al que pertenecía alguno de ellos, acordaron proporcionar voluntarios para ir en rescate del fallecido un tiempo después. Eso ocurrió en febrero de 1954, que se puede tomar como fecha de nacimiento de nuestro Cuerpo de Socorro Andino.

Las palabras de Noja, ya casi en el limbo del sueño, quedaron grabadas en nosotros. Falta mucho por saberse al respecto. Hay preguntas que quedan sin resolver en lo que se refiere a la documentación de la Federación. Sería hermoso que todos supiéramos de esos épicos días y sus gloriosos protagonistas.

Siguen cayendo pequeños copitos de nieve, cada vez se hace más suave su precipitar. El crujir exterior nos permite un plácido sueño, arrullado por el canto ahogado del agua entre las piedras.

Por la noche, todos tuvimos necesidad de orinar, y por más que aplazamos la decisión, fuimos saliendo de la carpa uno a uno, pero como en la vida no hay mal que por bien no venga, al llegar al exterior, nos maravillamos con el espectáculo de la luna brillando sobre la cumbre del Plomo, y el paisaje, con la blancura y brillo, como el alma de Dios reflejada en estas benditas montañas. De vuelta al cobijo, nos costó mucho quedarnos dormidos por la excesiva luz de la luna. Practicamos diversos trucos, desde darnos vuelta de un lado a otro, hasta poner pañuelos o ropa sobre los ojos, o subir el cierre de la momia¹⁴ y esconder la cabeza en el interior.

AL SIGUIENTE DÍA

Hoy lunes, la diana es tardesito, recién a las ocho nos empezamos a mover. Total, queda poco por recorrer. Creo que hoy llegaremos a Santiago.

El viejito nuevamente prepara el desayuno, esta vez, solo. Anoche, él tuvo que arropar las botellas con agua; gracias a eso el contenido está líquido. Yo no quiero sacar ni una mano del saco.

—¡Arriba, crestones, que hay que llegar hoy a Santiago! — exclama, con el ya acostumbrado «incentivo» de Noja para sacarnos la modorra e infundirnos ánimo—. Hoy es lunes, y será difícil encontrar alguien que nos lleve de bajada. Ayer, seguramente, antes de la tormenta, bajaron todos los turistas —sentenció.

14 Momia: saco de dormir cerrado, estilo sarcófago, de modo que solo el rostro queda descubierto.

Después de las palabras casi imperativas, recibimos el desayuno de las manos de nuestro guía, a esta altura, casi papá. Nos preparó café con leche y pan con queso crema. Delicioso.

Comentamos la difícil situación vivida ayer, pero después, la cosa se tornó chacota con los relámpagos, que asemejamos a flashes de fotos que nos tomaba el cielo para un álbum recordatorio de nuestra primera tormenta en la montaña. Para mí, ese fue el verdadero «bautismo de nieve». Para Iván, también es su primer gran temporal; aunque le ha tocado mal tiempo, nieve o caminar entre nubes, nunca ha vivido nada como esto.

Desayunados, nos apareció el ánimo. Comenzamos a preparar y a empacar nuestras cosas. El día está precioso, como si no hubiera pasado nada, solamente la nieve y la exuberante belleza del paisaje son testigos mudos de lo ocurrido. Ni siquiera una brisa. Otra vez el guía con su sermón:

—Hay que ponerse los anteojos de sol, porque la quemadura que se produce en los ojos con la nieve es muy dolorosa.

Realmente, en todo tiene razón el viejito, digo yo, pues en Santiago, antes de partir, hizo hincapié en llevar anteojos para el sol, gorro de lana, gorro de sombra y filtro solar. Todo es súper necesario.

A eso de las nueve, vamos remontando una loma por un camino que, pese a la nieve, se aprecia nítido. Vamos alternando la punta, pues Noja dice —y, así, lo comprobamos todos— que cansa mucho abrir la huella en la nieve virgen, porque el que va primero se entierra hasta la rodilla, los demás aprovechan la pisada del puntero. Pasadas las diez y media, otra vez se cubre el cielo con nubes borrascosas, muy bajas, y comienza a nevar de nuevo. No era todo en la montaña. Ahora tenemos algo de visibilidad. Lo que nos confunde mucho es que los hoyos parecen

altos y los altos parecen hoyos, por lo que actuamos levantando y bajando los pies equivocadamente cuando no corresponde. Casi no descansamos. Aquí, la nieve moja. Con nuestros zapatos que aparentan dos masas de nieve y barro, nos costó mucho llegar a Piedra Numerada. Pasamos por arriba, y solo le dimos un adiós mental y silencioso a ese hermoso lugar, distante, brumoso, casi invisible.

Enfilar bien hacia La Parva constituye una parte importante de la bajada. De vez en cuando, tenemos encima una torre de andarivel o el cruce de algún camino de autos, hasta que encontramos un refugio de máquinas o de comunicaciones y nos guarecemos un rato del aguanieve. Estamos aún complicados por la poca visibilidad, pero estamos bien encaminados. A veces, nos metemos muy hondo en la nieve y quedamos encerrados para luego tener que remontarnos, buscar mejor camino y volver a bajar un poco a la derecha. Noja dijo que nos tiraríamos a lo derecho hacia abajo, porque no tenemos puntos de referencia. A veces, saltamos un par de metros a un camino de autos y seguimos descendiendo casi a ciegas. Al vislumbrar unos edificios, supimos que estábamos en La Parva. Hay muy pocos refugios habitados. Luego todo culminó: una ventana de sol, y tomamos ya el camino de vehículos.

Descansando en las afueras de un edificio de muy bonita construcción, Noja creyó ver el refugio del señor Concha, nuestro transportista del primer día. Al pasar frente a él, la nana sacudía unas alfombras y las asoleaba en una de las barandas del balcón. La saludamos y le preguntamos por don Santiago. Nos contó que bajó el domingo, es decir ayer, y antes de irse, le encargó que si nos veía, nos atendiera. Ducho en la montaña el hombre, sabía que allá arriba seguía el mal tiempo. Hoy llamó y preguntó por

nosotros, si habíamos pasado de vuelta, reiterando la invitación a darnos refugio. Lo tomamos como una invitación, y como tal, viniendo de un montañista, la aceptamos. La nana nos invitó a pasar. El problema era cómo entrar a una casa de piso brillante con los zapatos convertidos en pelotas de barro. Imaginábamos a la señora limpiando de cabeza las tablas pulcramente lustrosas. A alguien se le ocurre la muy buena idea de descalzarnos. Dejamos nuestros bultos en el balcón, a ras de suelo. Después de contarle algunas vicisitudes ocurridas, entramos sin zapatos, con calcetines, que antes nos cambiamos para no hacer tanto daño en olores y suciedad.

—¿Traen hambre? —preguntó la señora.

Noja no encontraba la forma de decirle que nos quedaban unos tallarines del racionamiento alimenticio aplicado ayer en La Hoya, que queremos cocinar. Encuentra el momento, se lo dice, y la nana aceptó cocinarlos ella. Mientras eso ocurría, nosotros apreciamos lo hermoso del refugio, todo brillantemente barnizado, muy ordenado y limpio para una cabaña que está a 2700 o 2800 metros de altitud. Nos ofreció el baño y la ducha: ¡Un regalo del cielo! Nos cambió la vida.

Todos tomamos una ducha caliente y, al terminar el último, la señora nos llama a almorzar. Deben ser como las tres y media, o quizás un poco más. Nos mira con una sonrisa de complicidad de no sé qué, a lo mejor de vernos comer con tantas ganas o por lo sucio que dejamos el piso, o tal vez, le resultamos medio locos de venir aquí después de lograr la cumbre y vivir un temporal, o todo junto, ¡vaya uno a saber!

Los tallarines con salsa y carne al jugo resultaron de un sabor delicioso, y luego, duraznos en conserva de postre. ¿Qué mejor?

Este señor y la nana nunca sabrán lo agradecidos que les estamos íntimamente. Aunque se lo hicimos saber a la señora para que se lo transmitiera al caballero: ¡Infinitas gracias!

Nos retiramos. Otra vez, aquí no ha pasado nada; en la naturaleza todo sigue igual, nada indica que hubo otro temporal, excepto que los cauces de agua bajan caudalosos y con sedimentos barrosos.

Qué hace que estábamos sobreviviendo, a merced del viento y del frío, y ahora, estamos cómodamente sentados, calefaccionados, aseados y alimentados, enfrentando ya lo menos: esperar un vehículo que nos traslade a Santiago.

Caminamos un poco. A eso de las cinco de la tarde, un camión tres cuartos de tonelada, nos bajó al kilómetro cero sin ninguna novedad. Nos sobábamos las manos pensando cómo se vería el Plomo de vuelta, una vez conquistado. Nunca tuvimos la oportunidad, porque siempre permaneció cubierto, tapado de nubes, y es muy probable que allá arriba, en las altas cumbres, continuara el mal tiempo.

Mi mente no deja de revivir todo lo sucedido: emociones muy fuertes para un joven que recién se inicia en esto de la montaña. Hay que vivirlo. Hay que respetarla. Hay que salir con gente preparada, aceptar los desafíos a pesar de todo.

Nos vamos al metro Escuela Militar, lo tomamos, y en la Plaza Baquedano, nos separamos. Noja e Iván siguen en el mismo vagón, yo cambio de línea en dirección sur, me preparo para contar la gran aventura en mi casa, a mis familiares y a mi polola. Mis compañeros harán lo mismo con los suyos.

Mi madre es la primera en saber de todas mis penurias y alegrías. Le cuento que la extrañé, que siempre estuvo en mi mente, que nunca la quise más que cuando estuve tirado en mi

saco, pensaba en sus cuidados, en sus consejos, en su cariño. Le confesé que de verdad, y humildemente, me comuniqué con Dios, en la cumbre; que fue mi más bello momento. Los recordé a todos, incluido mi perro Tom, que no deja de alborotarse a mi alrededor, y de vez en cuando, se para y afirma sus manitos en mi cuerpo para darme un beso. Ese abrazo con Iván y Noja lo tendré en mi mente. Lloré. Ella me acariciaba el cabello. ¡Qué comunión!

Me contó que el Cuerpo de Socorro Andino estaba preparándose para salir en nuestra búsqueda, dado que no llegamos el domingo como estaba avisado. Ellos calcularon que solo estaríamos retrasados por el mal tiempo. A juzgar por la experiencia y el equipo con que contábamos, nos haría capear bien el temporal. Habíamos dado aviso del lugar, ruta, integrantes y equipo que llevaríamos, así es que esperarían un poco.

Mi padre no se alegró mucho, pero cree que hice algo grande: «Tú sabrás», fueron sus palabras, «ya eres grandecito». Abrochó su comentario con algo de simpatía y un gesto medio indiferente en el rostro.

A mi polola la llamaron por teléfono y apareció al rato, más hermosa que nunca. Nos abrazamos, estrechando nuestros pechos para que ambos corazones se comunicaran lo mucho que nos queremos y echamos de menos. Nos besamos y giramos ciegamente hasta casi caer.

—Te contaré, una a una, las vivencias ocurridas allá arriba. Lo único que te puedo decir en este momento es que soy otra persona... y que te amo.

—Sabía que llegarías —me contestó, haciendo una breve pausa—. Yo también te amo.

ARROZ CON MERMELADA

Camino a una montaña, en solitario, después del trabajo, más o menos a las doce de la noche, llego al lugar elegido previamente para pernoctar; una terracita como un mirador.

Saco la marmita y el anafre de mi mochila y pongo a calentar mi arroz con pollo mientras armo mi pequeña carpa. De vez en cuando, voy girando la ollita para que su contenido se caliente por todos lados. Un ratito por abajo, por los lados y también por el lado de la tapa.

Instalado el cobijo, pongo unos papeles doblados para no quemarlo y coloco sobre él la olla. Prendo una vela y ¡a cenar!

Tan pronto me como unas dos cucharadas, siento que hay algo latigudo en la comida. A la otra cucharada, pongo atención, y lo que tira hacia abajo la cuchara es un plástico derretido de una mermelada que eché sobre la comida para ahorrar espacio. Obligado a sacar todo el polietileno y comer pollo y arroz con mermelada, pues la hora y el ejercicio han robustecido mi apetito.

Me dormí como un angelito, riéndome de mí mismo.

CANALETA AL CIELO

Muy temprano es la salida de mi carpa a la cumbre. La nieve dura a mis pies. Me calzo los grampones y camino muy bien hacia la canaleta¹⁵ que está aún más dura. Lentamente, piqueta enterrada dos pasos hacia arriba. Aún el frío es benigno y, combinado con la escalada, entregan un ideal de temperatura corporal.

Piqueta, grampones, piqueta, grampones, hasta que llego a una cornisa muy grande que obstruye mi camino a las dos cumbres del Piuquencillo, al final de la canaleta.

Un descanso más prolongado que el habitual para normalizar respiración y palpitaciones, antes de acometer la gigantesca tarea de abrir un boquerón en el formidable frontón.

Picaba tanto arriba la cornisa, para que no me cayera en la cabeza, como su base nevada, dura y fuerte. Cada golpe despedaza bloques de nieve que caen canalón abajo, hasta perderse de vista. Un piquetazo fuerte y profundo derriba lo que taponea mi paso. Creo que vi el cielo en ese momento en que se descubrió mi vista. Un paisaje ¡es-pec-ta-cu-lar!: la Laguna Negra, el Embalse del Yeso y unas montañas soñadas. Quedé atónito por un momento. Reconocí algunas cumbres y, decidido, guie mis pasos

15 Canaleta: también llamado canalón, es un camino estrecho bordeado por paredes de roca, cuyo piso casi siempre está cubierto de hielo y nieve, y es inclinado.

a la cumbre más cercana, la sur. El sol ya ablandaba la nieve, y medio resbalando, me dirijo hacia la cumbre norte, cumbre levemente más alta. Vislumbro otra laguna un poco más pequeña, Lo Encañado.

Pasada tanta emoción, registro un cairn bajo un artefacto quemado por los rayos de la tormenta, y en una bolsita de nylon, encuentro un testimonio¹⁶: una tarjeta de presentación de mi profesor, amigo y guía en la montaña, Claudio Lucero Martínez.

Aún lo conservo como un gran trofeo.

16 Consulte la nota al pie n.º 13.

EN EL PORTEZUELO DEL SAN JOSÉ COMIENDO HUEVOS FRITOS

En una oportunidad, logré llegar con seis huevos en una cajita al portezuelo del Volcán San José, a unos 5200 metros sobre el nivel del mar, intactos.

Al atardecer, ya tarde, armo mi carpa, extraigo las cosas de mi mochila, ropa, saco de dormir, colchoneta, anafre, y demás cosas. Derrito nieve para tener agua al otro día y, por supuesto, para una sopita antes de acostarme. Rescato la cajita con huevos y saco dos para agregar a la marmita de la cena. Los otros cuatro quedarán para el desayuno de mañana. Abrigo las botellas de agua para que no se congelen. La noche augura un lindo día para la siguiente jornada. Muy temprano, suena mi despertador y, de prisa, me preparo para conquistar la cima en solitario.

En la cumbre, pongo la botella con jugo, ropa de abrigo, gorro de sombra, raciones de marcha, y otras cosas. Mientras hierve el agua para el desayuno, busco el aceite, quito la ropa que le ha caído a la caja y me encuentro con los huevos quebrados, deformados y congelados (en la noche hubo -20 grados). No los abrigué pensando que, tal vez, resistirían el frío con su caparazón natural. Estaban tan deformados al punto que parecían pequeños monstruos con ojos amarillos desfigurados.

Ante la emergencia, los freí así no más. Mientras me los comía, botaba los pedazos de cáscaras y de caja.

Linterna en la frente rumbo a la gloria. Camino lentamente. El cerebro atento. La ascensión en solitario hace despertar todas las alertas, incluso, vigilante a posibles alucinaciones que puedan ocurrir con la altura y los gases sulfurosos que emanan del cráter y de las fumarolas que llenan el lugar.

De pronto, un poquito desviado de mi ruta, veo una carpa algo verdosa. Se me antoja mal ubicada, pero no, está semienterrada en la nieve, bien protegida. Grito hacia su interior y voces se escuchan.

No, no estoy delirando ni viendo visiones. Ya ha aclarado completamente. Se abre un cierre y una voz conocida me dice: «Negro, ¿qué haces aquí?».

Aún sorprendido, veo claramente el rostro de Juan Lanatta, un amigo montañero y compañero de club, casado con la hija de los dueños de la hostería El Álamo, ícono en Baños Morales.

—¿Qué te pasó, huevón, que tienes esa cara? —volvió a la carga.

—¿Qué tengo? —le contesto.

—Parecís calavera —me respondió.

Ahí recuerdo que controlé -20 grados. El intenso frío, el esfuerzo y la soledad habían transformado mi rostro.

Abrazos. Saludo a los demás.

Me contó que con un grupo de estudiantes de la Universidad de Concepción venían a subir el San José.

Más tranquilo, ya terminaba con los pensamientos de visiones y alucinaciones, todo era real, tangible. Hice cumbre en la cima chilena y volví a Santiago sin novedad.

EL OCCISO: RELATO DE UN RESCATE

La nevazón de ese día nos dejó muy cansados, porque se produjeron numerosos rescates menores, sin embargo, a eso de la una de la mañana, ya lunes, la ambulancia del Cuerpo de Socorro Andino había distribuido a todos los voluntarios en sus hogares. Al terminar las actividades, ya bañado, estaba acostado.

A eso de las dos de la madrugada, escucho la sirena de la ambulancia. Se me solicita participar en otro rescate por falta de personal voluntario, esta vez, más delicado, ya que se trataba de un joven que, bajando del Ramón, abrió la ruta durante toda la bajada, en plena tempestad, con mucha nieve, hasta que se agotó. Sus dos compañeros, muy asustados, lo dejaron bien arropado y a resguardo del viento, y bajaron a pedir ayuda.

El rescate debería ser muy pronto, pues este joven quedó muy mal. Lo dejaron en su saco de dormir con ropa de abrigo, casi desfalleciente. Sin embargo, el lugar donde quedó no estaba definido.

El vehículo nos dejó en Peñalolén y la ruta sería a través del camino del Príncipe, Mirador de Kiko, Cerro Abanico. Los muchachos creen que «por ahí no más» debería estar. Premunidos de cuerdas y una camilla, canastillo alargado, con malla de alambres en que cabe un cuerpo acostado, y con manillas, nos

repartimos las cuerdas. Algunas las pusimos al interior del canastillo, y tomamos de las manillas. Nos hicimos al camino.

A poco de andar, nuestro cansancio había desaparecido, solo nos urge caminar y subir rápido. Mucho frío, la nieve está bien abajo en este lado de la montaña, que es muy sombrío. Hay que encontrar lo más rápido que se pueda al muchacho.

Las linternas frontales prestan su servicio para no tropezar con las piedras y relieves del camino. Esta vez, la luna es nuestra aliada, brindándonos buena luminosidad después que se asomó por el filo del Cerro Abanico.

A las cuatro de la mañana, aún subiendo por la ruta del Príncipe, tomamos un pequeño descanso en las inmediaciones del Mirador de Kiko. Vamos a paso forzado, escudriñando todo rincón donde pueda haber algún indicio de huella, ropa o un cuerpo. De mucha utilidad resultaron unas linternas de mano que llevaban algunos voluntarios.

Caminábamos en silencio porque la situación requiere concentración, y el traslado de la camilla hay que realizarlo coordinadamente para no entorpecer nuestra marcha. Yo voy pensando qué va a pasar con mi pega; hoy ya es lunes y no voy a llegar a las 08:00, mi hora de entrada. Hace mucho frío, llevamos las manos enguantadas, yo uso unos mitones dobles que me confeccioné, y que resultaron muy abrigadores. En el descanso de las cinco, ya hay un poco de claridad natural. Café y unas galletas para reponernos. En realidad, el cansancio que nos afecta es de los rescates anteriores.

Comenzamos a trepar por las piedras del acarreo. Hay grandes bloques, algunos inestables, que nos bloquean o nos desvían de una trayectoria limpia y expedita. A veces, tambaleamos

con el armatoste de fierro, que de repente sirve para medio afirmarse, y otras, las más, desestabiliza.

El descanso de las seis lo pasamos de largo, porque en la pedriza desnivelada vamos dispersos, unas veces tomamos el canastillo entre cuatro y otras entre dos. Así también, la arrastramos, tirándola de las cuerdas que le pusimos para el efecto. El acarreo se hace de distintos tamaños y es complicado caminar los cuatro al mismo paso.

Al cabo de un rato, ya hay más claridad, y todos vamos revisando detrás de los peñascos más grandes, sobre todo los que no ayudan con la camilla. Como a las siete, más o menos, me libero del *fierrito*, me adelanto un poco y miro a mis compañeros desde más arriba, observando cómo les cuesta coordinarse para transportarlo.

Antes de las siete y media, ya pisamos nieve. Hay un poco de luz diurna y yo me he adelantado un trecho, aunque el sol aún no nos llega. Me anticipo hacia unas piedras atravesadas respecto de nuestra dirección, las rodeo y veo un bulto medio verdoso. Rápidamente, me instalo al otro lado de la roca y veo un bulto humano acurrucado, muy tapado. Llamo a mis compañeros, que demoran algo en llegar, le descubro la cara y aprecio su frialdad y rigidez cadavéricas. Llegan mis compañeros y todos hacemos algo: unos juntan sus cosas, otros tratan en vano de obtener signos vitales, respiración, pulso, temperatura.

Hay mucha emoción y nerviosismo. Nos hemos esforzado mucho subiendo rápidamente para encontrarlo antes de un desenlace fatal. Sin embargo, encontramos un cuerpo rígido, frío y sin signos vitales. Aplicamos masajes por todo su cuerpo, pero es tarde. Hace mucho rato que no resistió más. A pesar de que salta a la vista que sus amigos lo dejaron protegido del viento, muy

abrigado, ya estaba exhausto por el esfuerzo de abrir ruta para sus compañeros, tal vez, menos expertos. Esto fue lo que le cobró su precio. Se puede decir, auténticamente, que entregó su vida por sus compañeros. Una sublime muestra de amistad.

Nuestro jefe, aplicando todos sus conocimientos, lo declara fallecido. «Occiso», dijo alguien. Bautizado como *el occiso* quedó.

Tratamos de estirarlo para meterlo en la camilla, pero nos fue imposible, lo mismo que sus piernas que estaban encogidas. Con nuestras ropas y las de él, rodeamos todo su cuerpo para amortajarlo sin que se dañara.

Si subir la camilla era difícil, la bajada con el occiso se hacía penosamente. Atamos dos cuerdas en la cabecera y dos en la mitad de las barandillas para tomarla una a cada lado, y una quinta cuerda para atar el cuerpo a la camilla, para que así no se moviera con los vaivenes de la bajada.

Descendemos por la mayor pendiente, derrapando la camilla por su base, aunque, a veces, se giraba y el cuerpo quedaba de costado, pero seguíamos bajando. Solo cuando se iba a girar completamente, nos deteníamos a volver la camilla hacia arriba.

Cuando el acarreo era de piedras más o menos del mismo tamaño, nos cundía, ya que era cosa de darle cuerda al canastillo que corría solo, pero cuando las piedras eran disparejas, se atascaba y un voluntario la destrababa. Así, en un tramo de piedras que yo sujetaba, la cuerda quedó apretándome tres dedos: el mayor, el índice y el pulgar de la mano derecha. Al comienzo, solo me apretaba, el dolor era soportable. Transcurrido algún rato, mi dolor era muy intenso y el frío también. Me costó muchos años llevar estos dedos a la normalidad. Con frío, perdían sensibilidad.

Bajado el acarreo, se nos acabó lo fácil y hubo que cargar la camilla entre todos. Cada cierto rato, cambiábamos de lugar para darle descanso a la otra mano.

Cuando llegamos al camino un poco más plano, dejamos el camastro en un lugar y nos acomodamos a tomar café con pan, a modo de desayuno. Como yo quedé un poco más cerca, me pareció escuchar un remoto y suave quejido. Me quedé pensando y reflexionando si, acaso, el cansancio y la falta de sueño me estaban afectando, y eso hacía que escuchara ruidos imprecisos.

Seguimos bajando. Ya está totalmente de día y queda poco para que nos acoja la luz del sol.

Descansamos más seguido porque el camino es casi plano y el sol ya nos alcanza. Otro descanso. La camilla queda a pleno calor a esa hora, nosotros nos quedamos tirados en el suelo o sentados en rocas, cuando, ahora sí que, casi imperceptible, escucho un quejido o algo parecido. Le pregunto a Osvaldo Villegas, que está al lado mío, y me dice que estoy loco, que cómo se me ocurre.

Una tirada más larga, y también un descanso más largo y, nuevamente, percibo algo como un suave quejido. Ahora, Villegas, que está muy cerca, también lo escucha.

Entre los dos tratamos de convencer a los demás que, ahora, detienen la marcha. La camilla ha quedado al sol, y tratamos de verlo y tocarlo. Sigue frío y tullido. Seguimos descansando. Quedamos super mal ante los demás compañeros, ya que no ha cambiado en nada la situación: espejos en la nariz, alguien le abre los ojos, y su rictus cadavérico nos deja casi en vergüenza.

Ya más descansados, todos en movimiento, y ahora sí, fue escuchado un quejido perceptible por varios voluntarios.

—¡Si huevón, yo lo escuché también! —dijo uno.

—¡Está vivo! —contestó otro.

Inmediatamente, todos nos pusimos a mirarlo y a hacerle masajes en la cara, en las manos y por todo el cuerpo, aunque fuera por sobre la ropa que lo envuelve. Le soltamos un poco la cuerda que lo sujeta al canastillo.

De un termo, sacamos café y tratamos de darle, pero no reacciona, sigue rígido, frío e inmóvil.

Nuestro jefe se comunica con la Central del Cuerpo de Socorro Andino y pide una ambulancia, que suba lo que más pueda por la Quebrada de Peñalolén; nosotros haremos todo para bajarlo lo más pronto.

Sorprendidos, unos; asustados, otros; temerosos, casi todos. Sin embargo, todos, incrédulos de lo que estábamos viviendo.

Nuestras piernas agotadas hacen esfuerzos por mantenernos en pie y caminar más forzosamente para bajarlo hasta un lugar donde la ambulancia lo pueda trasladar a la Posta Central. Lo hemos abrigado con nuestras ropas, tratando que el calorcito del sol se mantenga un poco más en su cuerpo. Ahora sí, con mucho cuidado, para no caernos y producir algún daño mayor. Debe tener algún efecto producido por la falta de respiración y su bajísima temperatura corporal, pero, si se ha quejado en las paradas, procuramos que quede al sol. Ya son pasadas las ocho de la mañana.

Nos juntamos con la ambulancia. Sus equipos no cambiaron la situación. Los paramédicos nos miraban como queriendo decir que los llamábamos de urgencia para trasladar a un fallecido. Nuestro jefe acompaña al occiso y se van. Siempre es válido cerciorarse y luchar hasta el final.

Mientras vemos alejarse la ambulancia, hacemos fuerzas mentales porque, en realidad, sea cierto que alguna pizca de vida quede en esa persona.

Guardamos las cuerdas. La camilla se la llevó el vehículo asistencial con el cuerpo del joven. Bajamos aliviadamente hasta nuestro vehículo, desde Peñalolén hasta la Posta Central. Al rescatado, terminó llevándolo un helicóptero a la Posta, lugar de reunión de todos los voluntarios para hacer el informe a la Dirección del Cuerpo de Socorro Andino.

El joven excursionista arribó a la Posta Central, conducido por un helicóptero en conjunto con el personal de salud del vehículo de emergencia y nuestro jefe.

En la Posta Central había mucha prensa cuando bajaron al socorrido, y nuestro jefe seguía refiriéndose al joven como occiso, hasta que alguien le *sopló* el significado de la palabra en cuestión, pero la prensa ya había dispersado la noticia.

A todo esto, al interior de la posta, ya lo trataban de reanimar, y cuando nos retiramos, los informes indican una severa hipotermia, no más de 4 o 5 grados de temperatura y unos 8 o 10 latidos por minutos en el corazón. Según los médicos, tiene algunas posibilidades de salvarse, porque es un hombre joven y bien estructurado físicamente. Cuando llegamos al local del Cuerpo de Socorro, supimos que era un estudiante de la UTE¹⁷.

Cuando se recuperó completamente, el muchacho fue a nuestro local a agradecer los esfuerzos del rescate. Nosotros estamos muy felices de haber colaborado en salvar una vida.

17 UTE: siglas de la Universidad Técnica del Estado, hoy la actual Universidad de Santiago de Chile (USACH).

EL SAN JOSÉ NO ES TAN SANTO

CAPÍTULO I

Se produjo un rescate en el sector del cerro El Morado en que participaron dos cordadas del Cuerpo de Socorro Andino. Una iría por la ruta normal: Cajón del Morado, glaciar, y más; y la otra subiría por el Cajón de Morales, Laguna del Morado, etcétera. Se contrataron los servicios del arriero Negro Gárate y sus animales.

A mi amigo Noja se le asignó la segunda cordada por la vía Cajón de Morales. A poco andar, cerca de La Laguna, se encabritó la mula que llevaba las vituallas y, dando coces, se devolvió cerro abajo, no sin antes deshacerse completamente de su carga.

Se recogieron la mayoría de cosas posibles, sin embargo, estaban obligados a regresar al tiempo que se dio por finalizada la emergencia, ya que los rescatistas que ascendían por el Cajón del Morado, dieron con la persona buscada y, en helicóptero, lo despacharon a Santiago a la Posta Central. Tiempo después, con los deshielos, Claudio Lucero encontró la Cédula de Identidad de mi amigo Noja, y se la entregaría posteriormente en la ciudad.

Al juntarse ambos grupos de socorristas, ya en Baños Morales, Noja me pregunta:

—¿Y el José cuándo? —aludiendo al volcán San José.

—Ya pu, pa la Semana Santa —contesté, sin dilación.

Dicho y hecho, estrechamos las diestras, y compromiso contraído.

CAPÍTULO 2

En un par de reuniones se ultimaron los detalles de lo que se llevaría: las compras, el aviso con los nombres al Cuerpo de Socorro Andino, la ruta a seguir y el equipo con el que contábamos.

Así llegó el día del largo viaje. Arriba, en el recorrido de la micro que tomamos en el paradero de Plaza Italia, emprendimos otra aventura a las montañas de Chile central. Junto con nosotros, viajaban otros andinistas dispuestos a «verse las caras» con las montañas. Excursionistas y turistas completan la dotación del vehículo que transportaba a los últimos aventureros de la temporada estival.

Llegamos a Baños Morales pasadito el mediodía. Los escaladores de roca bajan sus ferreterías y mochilas, cuyo teatro de acción son La Placa Roja, La Placa Verde, La Gris y otros muros que hay en el sector. También, se esparcen excursionistas al Cañón de Morales, otros al frente, rumbo al Corona, al Avión, etcétera. Y nosotros, partimos rumbo al Cabrerío en busca de Colo Núñez con sus animales, baqueano de la zona, que sería nuestro arriero. Su labor consistiría en trasladarnos a Las Arenas, a unos cuatro mil metros de altura.

Muy práctica resulta una mochila pequeña o cumbrera que cargamos al pecho, en la que llevamos golosinas, raciones de marcha y algunas ropas para las próximas cuatro o cinco horas. Los bultos grandes irán cargados en una mula, y tendremos un caballo de montar para cada uno.

Entregadas las instrucciones al arriero, fuimos a mojarnos con las sobrinas de Colo, que, a la sazón, se manguereaban con agüita muy fresca. Luego, terminamos de ponernos ropa cómoda. Se tomaron fotografías y diapositivas del lugar, así como de la actividad profesional del baqueano.

Las cargas estaban muy firmes y bien contrapesadas, y ¡a Las Arenas!, donde comienzan los primeros grandes manchones de nieve en los que almorzaremos y que también marcan el regreso de Núñez y sus bestias.

El camino que transitamos es un sendero bien marcado, que solo es interrumpido por un paso voladizo, esculpido naturalmente por el tránsito constante de animales y personas, que nos hace rogar para que el animal no resbale y caiga tanto jinete como cabalgador varios metros más abajo, arrastrados por la fuerza del río. Después de este paso, bajamos a un vado del cauce del río Volcán para cruzar al otro lado, a la ribera sur, donde el camino es suave y algo pendiente.

Este sendero nos deja en el Valle La Engorda, un sector lleno de matorrales, pastos, piedras de acarreo, glaciares e hilos de agua. Nos encaminamos a una cuesta empinada, donde nuestra monta sube respirando jadeante, con su jinete muy aferrado a las ancas; ambos hacen equilibrio para no caer.

El largo zigzagüeo nos deja en parajes ondulados, pastizales y bofedales que luego se transforman en campos de flores o capulitos amarillos; hermosa antesala de otro no menos bello lugar:

El Refugio Plantat. Este refugio, edificado con piedras del sector y ornamentado con una pileta de cristalinas aguas, se alimenta con el derretimiento de nieves y glaciares que descienden de una terraza. En sus paredes se reflejan tanto el propio refugio como las cumbres aledañas. La rocosa construcción brinda una sólida y segura acogida al viajero en un paraje pedregoso y solitario.

Pasamos de largo. Nos inquieta que falta bastante. Remontamos pedregales y duros caminos bien marcados. Rodeamos grandes lagunas de nieve que a veces forman fangosos charcos. Hasta el lugar llamado Las Arenas nos dejó el arriero con nuestras cargas. Lo vemos perderse mientras preparamos el almuerzo.

Todavía aturdidos de tanta belleza, la comida la ingerimos casi sin darnos cuenta. Luego, el postre y una siestecita para continuar con nuestros pesados bultos.

Tomamos nuestra opción de caminata por la derecha de una lengua glaciar que enfrentamos y que nos pareció factible, pero, a poco andar, se transformó en una ruleta rusa. Avanzamos muy despacio y en silencio, ya que las ondas sonoras se propagaban y hacían que, de la alta muralla color rojo a nuestra diestra, cayeran peñascos que producían mucho temor: primero, porque silbaban delante y detrás de nosotros y, segundo, porque no llevábamos casco protector.

En esas condiciones, decidimos pasar la parte más delicada, uno primero y el otro después. Mientras tanto, el que no caminaba ponía mucha atención a la maniobra para prevenir y poner más en alerta al otro.

Sorteado este problema, surgió a nuestra siniestra un paso entre dos lenguas de hielo cubiertas de nieve que permitió alejarnos del peligro y bordear ahora las superficies heladas por la mano izquierda. Claro que el camino es indefinido y está entre grandes piedras que nos confunden un poco.

Luego de desechar varias terrazas, ya al oscurecer, nos instalamos en una que estaba muy bien protegida, aunque con algo de hielo en el piso.

Mientras cruzamos las lenguas, bajo grandes rocas, escuchamos sonoros chorros de agua que, entre las piedras y los hielos, no logramos adivinar a dónde van a parar. Sabemos que alimentan la laguna del refugio y los esteros de La Engorda y El Marmolejo.

Con las últimas luces del día, armamos nuestra carpa y, después de cenar, nos aprestamos a dormir. Estamos sumamente cansados, ya que llevamos dos mochilas cada uno —una en la espalda y la más pequeña al pecho—, que esperamos reducir a una sola con el gasto de la comida y las golosinas que hemos venido ingiriendo.

Escapados de la ciudad, con los pulmones llenos de buen aire durante todo el día, estamos viviendo una aventura más en la montaña. Tipo diez de la noche, cenados, metidos en los sacos de dormir y sumidos en nuestros pensamientos, nos aprestamos a descansar y, muy tarde, a dormir.

CAPÍTULO 3

Noche larga y tediosa, fría e incómoda, pero que sirve para reponer parte de la energía gastada. Uno amanece como si hubiera trasnochado, la falta de oxígeno lo ralentiza todo, cuesta levantarse, cuesta amarrarse el calzado, sabemos que la altura y la gelidez son elementos con los que hay que bregar.

Un buen desayuno nos repone y nos anima a seguir con la larga faena que nos espera. Hoy queremos arribar al portezuelo, o muy cerca de él, para tener la seguridad de *hacer* la cumbre el día domingo.

Hoy es sábado. En la montaña, a veces, se pierde un poco la noción del tiempo. Hay que poner el mejor esfuerzo en asegurar el logro de nuestra meta hoy. Yo voy tomando nota al final de cada jornada: la fecha que vivimos y las actividades realizadas; también como bitácora de viaje que permita el conocimiento de los tiempos, lugares y otros aspectos para mejorar y relacionarlo con otras ascensiones.

Empacado todo, nos aprestamos a cruzar un campo de penitentes que, por la hora (mucho frío) y la inclinación del piso, se vuelve peligroso. Nos calzamos los grampones. Yo, unos de aleación de doce puntas, y Noja, unos de fierro de diez puntas, regalados a mi guía por su amigo Gino.

Sorteada esta lengua, nos encumbramos a una terraza para arribar a un lugar con grandes piedras, pero de muy definida huella, remontable hacia un filo muy empinado sobre el cual se aprecia ya el cono del San José: un precioso curtícono de amplia base, con innumerables grietas y glaciares. Efectivamente, el volcán San José posee dos grandes cumbres. La norte, que casi nadie visita por ser más baja, y el gran cráter sur, más lejano y más alto, con sus fumarolas incluidas. Como es una cumbre limítrofe, al lado este está la cumbre argentina, que es más alta que todas, y está bastante lejos.

Sobre este filo hay numerosas pircas que indican la construcción de campamentos, donde han pernoctado otros montañistas en otras oportunidades, de paso a la misma cumbre que nosotros pretendemos. Pero la cima está lejana y podría ser muy

larga la jornada para ir, volver y alcanzar a bajar al Refugio Plantat en el día. En realidad, tenemos la tentación de quedarnos aquí a pasar la noche, pero son alrededor de las 16:00; todavía tenemos tiempo y un poco de energía, a pesar del cansancio, que la atmósfera huele a azufre y, por qué no, también, la puna. Sin embargo, por seguridad y protección nos proponemos pernoctar en el portezuelo: nos perdemos la vista privilegiada hacia arriba y hacia debajo de un panorama inigualable.

Cargas al hombro y partimos. El descanso, algo más largo, nos endurece; las piernas se ponen dolorosas. Al cabo de un rato, todo está como debe ser: la inclinación es pronunciada, el frío es intenso y las cargas están pesadas, hasta que nos calzamos los grampones nuevamente. La lengua glaciar, que hay que cruzar antes de llegar al lugar previsto, es durísima, y el travesarse se hace algo peligroso. Cruzamos el glaciar, con sumo cuidado y muy lentamente, hasta quedar muy cerca del portezuelo, comprobando que este lugar es inhóspito y, por estar tan cerca del paso de montaña, el viento es fuerte y en todo tiempo, pero a diferencia del de las pircas, un poco más abajo, este ofrece algunos recodos y rocas que nos protegerán, tanto desde arriba como desde abajo.

Buscamos un sitio bien resguardado, un poco más abajo y algo al sur de la huella marcada a la cumbre. Un peñasco grande nos ampara del viento norte y también quedamos guarnecidos de las rachas del cajón por otras piedras menores, y ubicamos la carpa en una pequeña hondonada.

El paisaje es casi lunar. El cielo limpio y la vista de numerosas constelaciones, que casi se tocan con la mano, nos auguran una noche muy fría e inquieta, porque mañana iremos a la cumbre.

La nuestra es una carpa de menos de un metro de alto, por dos de largo, con una manga que permite dejar las cosas y un buen espacio para los dos sacos de dormir.

CAPÍTULO 4

-20 grados se controlaron anoche, y unas botellas que quedaron sin abrigo se congelaron. Hubo que licuarlas con agua caliente, pues están dispuestas para el jugo de hoy. La levantada es muy temprano, alrededor de las cuatro y media, y hay que arreglárselas con las linternas frontales y el poco de vela que quedó anoche, ex profeso para hoy.

Desayunamos mientras vamos repasando las cosas que tenemos que llevar para el ataque. En una cumblera echamos todo lo necesario. Creemos que nada se queda.

Al salir del cobijo, aún está oscuro, pero los haces de las linternas proyectan las siluetas perfectamente bien, desde nuestras cabezas, a todo lo que miramos. Nuestro paso es lento y con mucho cuidado; todo está congelado, duro, esperando un tropiezo para que todo acabe ahí. A medida que ascendemos, el aire huele a azufre.

Apenas llegamos al portezuelo, comienza a clarear. Ya el sol recorta las montañas del este con fulgor y colores. Tomamos el filo del cono tapizado de piedras negras, sin duda, expulsadas desde el interior del volcán en algún pretérito. Al avanzar hacia lo alto, pisamos pequeñas fumarolas. Para hacer más liviana la subida, alternábamos entre avanzar casi en línea horizontal y zigzaguear en dirección a la arista somital¹⁸. Pasamos por la fumarola mayor, que a esa hora lanza su gas con mayor fuerza, y nos encaminamos directo a la cumbre que se ve hacia lo alto. Al llegar, caímos en la cuenta de que no hay tal cumbre todavía. Son

18

Somital: Cercano o que conduce a la cumbre.

dos peñas grandotas, pero que nos permiten, ahora sí, vislumbrar la cumbre chilena: una empinada pendiente coronada por una punta amarilla muy frágil.

El arenoso terreno que pisamos, a la par que lo pueblan numerosas piedras pómez, nos deja sobre un picacho muy áspero, al cual accedemos agachados, gateando, porque se siente que en cualquier momento podría desmoronarse, además de que el viento es sumamente fuerte. Mi compañero llega primero. Cuando lo hago yo, nos abrazamos y, con mucha emoción, hablamos y recordamos los momentos vividos en la cumbre del Plomo y otros cerros. Nos afecta la puna y el hedor azufroso del lugar, pero este logro no lo quita nadie; la cumbre del volcán San José está *hecha*. Miramos a los alrededores; hay innumerables cerros a diestra y siniestra: al oeste, El Corona, El Retumbadero; hacia el sur, el Castillo, el volcán Maipo; hacia el norte, el Marmolejo que lo cubre todo. Hacia el este se aprecia el inmenso cráter y la cumbre argentina, un poco más alta y lejana que la chilena. Sin embargo, es temprano y trazamos una ruta para alcanzar también aquella cima. Bordeamos la tremenda boca del cráter, que desde aquí tiene pendiente de bajada para empinarse muy claramente por sobre todo lo que hay.

Mientras caminamos hacia la otra cumbre, a nuestra derecha, o sur cardinal, apreciamos un gran glaciar por el lado de Chile. Alcanzada la cota más baja, tenemos que realizar un gran esfuerzo para remontarnos por el desnivel y el olor del ambiente; todo se hace muy lentamente.

Alcanzamos el pick de altura y nuevamente nos abrazamos. Esta nos ha costado, tal vez, más que la anterior. Hemos intercambiado testimonios en las dos cumbres y nos sentamos tranquilamente a comer un tarro de duraznos en conserva, con

un tremendo paisaje alrededor: glaciares, cumbres, soledades, viento, sol y frío.

Hemos permanecido mucho tiempo y el viento huracanado nos hace presagiar que, desde el cerro Marmolejo, se acercan unas feas nubes amenazantes. Guardamos todo y nos vamos.

Quince minutos, más o menos, demoró el mal tiempo en dejarse caer. Una copiosa nevada, complementada con tremendo ventarrón, nos comenzó a hacer compañía. Aunque sí dejaba ver algo: nuestra huella, no mayor a quince o veinte metros. Pronto, grandes copos comenzaron a cubrirlo todo, incluido nuestro rastro, que empezamos a intuir malamente. Tratamos de mantener una línea ascendente, procurando no irnos muy a la izquierda para no desviarnos hacia el glaciar sur del San José, ni hacia la derecha para no meternos al cráter; todo lo manejamos bastante bien. Creímos llegar ahora a territorio chileno. En las cercanías, teníamos grandes peñascos como los que vimos antes de llegar a la cumbre chilena. Ahora nuestra idea es mantener la altura o bajar muy poco para dar con el portezuelo, y comenzar a bajar.

Tenemos tan poca visibilidad que, al parecer, no mantuvimos la altura y nos metimos en hoyos que a la subida no creemos haber transitado. Concluimos que vamos un poco al este del filo. Decidimos encauzar los pasos un poco hacia el oeste. Vamos apegados el uno al otro porque perdemos regularmente el equilibrio, dando varias veces con nosotros en el suelo. Es muy tremendo sentir que el viento, en cualquier momento, te puede arrancar del piso. En la montaña, cuando se desatan los elementos: lluvia, nieve, viento, truenos, relámpagos, el ser humano se siente impotente y a merced del caos reinante.

Llevamos un par de horas caminando y no sabemos dónde estamos ni por dónde vamos. Solo sospechamos que llevamos buen rumbo; es como andar a ciegas.

Caminamos muy atentos a encontrar el portezuelo, que a la subida pasamos un poco por debajo, tratando de remontar desde antes para empalmar con el filo cumbreño muy cerca de la cima.

Más o menos a las cuatro de la tarde, creemos haber llegado al portezuelo y pensamos que hay que torcer ligeramente a la izquierda, bajar un poco y estaríamos a salvo en nuestro ruco.

Ha nevado intensamente y nos enterramos en la nieve de bajada. A veces perdemos el equilibrio y caemos, porque debajo de la masa blanca hay piedras de distinto tamaño, quedando completamente mojados. Debemos sacudirnos de vez en cuando para que no se nos acumule la nieve y pasar más frío. Para colmo, nos hemos puesto la ropa de abrigo. Caminar y correr, cuando podemos, nos hace transpirar, y al disminuir la agitación, nos enfriamos aún más.

Al comienzo de la caminata, descansamos muchas veces durante largos minutos. Ahora, parar un par de segundos nos enfría inmediatamente.

Creemos haber llegado al lugar donde dejamos nuestro campamento. Un claro de las nubes nos permitió ver a pocos metros de la lengua glaciar, donde, en las cercanías, al abrigo de una gran roca, armamos nuestro cobijo. Llevamos rato buscándolo; ya tenemos hambre. Hace rato que comimos el último bocado; también se nos acabó el jugo. Repartimos una barrita de chocolate que nos quedó de la cumbre. Resultó un tanto pesada, pues también necesitábamos líquido.

A pesar de que vemos muy poco, dada la copiosa nevazón y lo arremolinado del huracán, confiamos encontrar muy pronto nuestra tienda.

La búsqueda la realizamos muy unidos. Sin visión, y con el paisaje absolutamente en blanco, podemos *cortar* para cualquier

lado. Así es que, o nos perdemos juntos, o encontramos la solución.

Hace unas cinco horas que dejamos la cumbre, cuatro desde la bajada, y más de una buscando el cobijo. Lo extraño del caso es que no puede estar muy lejos. No sabemos por qué no lo encontramos. Nos damos vueltas y vueltas. Cuando caemos en la cuenta de que agrandamos mucho el radio de búsqueda, nos volvemos, como quien dice, al punto central imaginario que nos hemos planteado. Quizás no lo hemos encontrado porque las huellas se borran tan pronto abandonamos nuestros pasos. Sabemos que estamos cerca porque hace un rato vimos un borde de la lengua glaciaria, que es una de las referencias. La otra, y más importante, es una piedra grande, de un poco más del doble de alto de la carpa. Así es que tenemos que hallarla. A partir de un punto, comenzamos a sentir que bajamos; suponemos que esto es un poco al noreste del lugar que buscamos.

Nos fijamos en que el paisaje lo conforman piedras menores a las de nuestra referencia. ¿No estaremos equivocados, y el lugar que buscamos sea más atrás, un poco más cerca del portezuelo? Comenzamos a caminar en sentido contrario, dando círculos de unos cuarenta o cincuenta metros, si es que se puede llevar una medida en la ceguera y, casi, en la desesperación.

Dimos tantos círculos que ahora sentimos que estamos subiendo, y suponemos que caminamos hacia el puerto que une las dos cumbres: la norte y la sur. Al regresar, siento una infinita rabia, pero también cierta conformidad al saber que íbamos hacia el norte, porque el ventarrón venía desde el Marmolejo; eso lo dedujimos. Sin embargo, el huracán congelaba las manos, la nariz y las orejas, causando punzadas como agujas.

Nos volvemos, pensando que lo hacemos por el centro de los supuestos círculos que trazamos al caminar. Llevamos ya

unas cuatro horas buscando, y la desesperación está haciendo presa de nosotros. Ahora bajamos y subimos en líneas quebradas. Cuando percibimos la bajada empinada, damos la vuelta y los pasos ahora son en diagonal, hacia arriba, en dirección noreste. Así, después, cuando nos cuesta subir, nos proponemos bajar en diagonal hacia el sureste, pensando que ya nos alejamos mucho del lugar buscado.

La luz comienza a decaer y nuestros esfuerzos no producen resultados. Corremos grave riesgo de enfriamiento e hipotermia, como también de deshidratación. Ya no sentimos hambre, pues la adrenalina la llevamos a tope por tener la preocupación de qué vamos a hacer sin comida, sin guarecernos, y por la hora y las condiciones climáticas. No alcanzamos a llegar a Plantat; sería una locura, a riesgo de que pasemos muchas más penurias o tengamos un accidente.

A ratos, nos detenemos y nos miramos sin hablar nada, cada uno pensando en soluciones descabelladas, tal vez, como buscar un sitio con mucha nieve para hacer un hoyo horizontal y enterrarnos. Pero, ¿hacia dónde ir si no se ve nada? O tirarnos hacia abajo directo, a lo que pase. Total, es mejor morir haciendo algo que esperar aquí sin hacer nada, expuestos a congelarnos. En fin. A veces lloro por dentro y por fuera, y supongo que mi compañero también.

De vez en cuando, nos sentamos y nos agarramos la cabeza. Miramos lo que se alcanza a ver en la blancura y la movemos a ambos lados, como si expresáramos que no tenemos salida, excepto, seguir buscando. El viejo dice que la carpa está por aquí, y no se da por vencido. Yo, como que me estoy entregando, pienso en mi familia y los míos, pero ya no me quedan energías para seguir buscando. Llevamos más de dieciséis horas caminando. Ambos gozamos de un muy buen estado físico producido por

largas sesiones de trote y gimnasia dos a tres veces a la semana, combinadas con salidas quincenales y, de vez en cuando, uno que otro rescate con el Cuerpo de Socorro Andino. Tenemos bastante experiencia, pero sin los medios, ropa, alimentos, carpa y con los elementos desatados, se hace difícil pensar en salvarse.

Uno que otro trueno a lo lejos, el viento arremolinado que brama por todas partes y la nieve copiosa nos mantienen en vilo, pero hay que seguir buscando; es el único camino, la única solución.

Cuando ya pensábamos que todo estaba perdido, de pronto, mi compañero se enreda en algo, trastabilla y casi cae. Yo veo que a sus pies aparece un cordel, un viento de la carpa, que tensa una pared de la guarida. Un relámpago primero, y un trueno después, muy cerca de nosotros. A pesar de eso, nos abrazamos, lloramos, no sé si de felicidad o de tanta tensión y angustia contenida. Comenzamos a descubrirla, puesto que estaba completamente bajo la nieve. Mientras la desenterramos, nos vamos explicando tanto misterio.

CAPÍTULO 5

Con las manos enguantadas, a modo de pala, vamos tirando hacia los lados todo lo que quepa en nuestras *poruñas*. Cuando ya no es posible, porque se nos hielan los dedos, continuamos con los platos y marmitas que yo he tirado hacia afuera en momentos en que sentía mucho frío y me guarnecí al interior, dejando solo a mi compañero.

El viento arreciaba y brindaba algo de ayuda, sacudiendo la carpa y botando un poco la nieve. Cuando me vuelvo a entibiar, salgo de nuevo a cooperar con nuestra labor.

Descubierta nuestra salvación, nos damos cuenta de que la roca grande, tras la cual protegimos la carpa, estaba cubierta de nieve casi hasta la mitad. En consecuencia, las piedras del lugar no desaparecieron; estaban tapadas por una gruesa capa helada. Por eso no las encontrábamos.

Cuando logramos hacer un camino de subida a la superficie, frente al cierre de entrada, llevábamos más de una hora de arduo trabajo. Oscureciendo, nos metimos a nuestro refugio. Casi exhaustos, nos tendimos y dormimos. Pasaron más de tres cuartos de hora antes de despertar. Mi compañero tiene dos velas encendidas, jugo preparado y la patentada sopa Lázaro, con la que el viejo gusta deleitarnos cuando estamos en la cordillera.

Confieso que sentí vergüenza, pero él nos ha enseñado que la persona que tiene mayor fortaleza, o está más *entera*, debe aportar más a sus compañeros, y este era el caso. Esa es la verdadera amistad.

Bebimos jugo, cenamos la sopa con crutones, tomamos café y comimos pan con mermelada para aliviar la carga de mañana, en que pretendemos llegar al refugio Plantat o de un viaje a Baños Morales, dependiendo de cómo nos sintamos.

Repuestas las energías y vuelta el alma al cuerpo, nos aparecieron las ganas de hablar.

Aunque es tarde, yo quise comentar a Noja que durante la búsqueda flaqueé varias veces. Pensé abandonar otras tantas. Hasta, en algunas oportunidades, lo recriminé. Lo culpé por volver a caminar en circunstancias en que ya no daba más de cansado. Me daba rabia que, siendo más viejo que yo, todavía sintiera deseos de reiniciar la acometida de búsqueda.

Pero también pensaba: ¿qué recriminación ni qué debilidad, si nadie me obliga a esto? Más bien, creo que era positivo estar adquiriendo este tipo de experiencias.

El guía me respondió que, en la debilidad, uno de los dos debe ser más fuerte y, si no es así, hay que hacer de tripas corazón.

Por un momento, paró la nevasca, mas no el viento. Ambos quisimos desaguar la vejiga y salimos. Como premio, obtuvimos una porción de cielo límpido y estrellado, lo que auguraba una posible buena jornada con los recaudos de un post frontal, llámese mucha nieve caída y cambio de paisaje que borra las referencias.

Nos acostamos. Al poco rato, un tremendo trueno, como si todo se viniera abajo, nos despertó. De ahí en adelante, relámpagos, truenos y nieve caían por todas partes. La nuestra no sería una noche tranquila.

CAPÍTULO 6

Pasamos una noche de sobresaltos. Los relámpagos se desataron muy cerca; teníamos que salir a apisonar la nieve cada una hora y, a veces, más seguido, por lo abundante de su caída. Ya había algunos síntomas de puna en la subida y durante el cruce de las fumarolas. También por la noche antes del ataque a la cima. El insomnio me mantuvo hasta el amanecer con una sensación de asco permanente y dolor de cabeza, que bajaba un poco tomando paracetamol con té. Ya en la madrugada, estábamos

pesimistas de bajar temprano. Toda la noche nevó y la visibilidad era casi nula.

¡No bajamos!

Dormíamos mientras se apaciguaba la tormenta. Hoy solo comimos una vez: tallarines con salmón y té. Aburrimiento general. Buscamos una hoja de papel de diario que Noja traía en un bolsillo de la mochila, y la leímos en voz alta. Hicimos el puzle que contenía una de sus hojas. Para pasar el tedio, estaba bastante bien.

Teníamos bastante tiempo para conversar, y mi compañero me contó cómo fueron sus inicios como andinista, relatos que de alguna manera me sorprendieron. Fui yo quien quiso indagar.

—Fueron comienzos duros —dijo él—. Fui una persona sin medios económicos, por tanto, había que extremar el ingenio, y transformar las pocas posibilidades en oportunidades reales de salir a la cordillera. Yo estaba internado donde uno de los inspectores, un joven llamado Claudio Lucero, practicaba el montañismo con mucho éxito y destacaba. A muchos niños y adolescentes nos mostró la montaña y nos preparó para disfrutarla sin mayores riesgos. Cada salida a la montaña, con mis pares internos y a cargo de este inspector, era para mí casi una obligación, haciéndome un habitué de ellas. Las vacaciones de invierno en Baños Morales, salidas al Ramón, Provincia, Punta de Damas y otros lugares clásicos del andinismo se convirtieron en entretenimientos para mí, de niño y de joven. Antes, los cerros de Pelvín y Peñaflor fueron mis primeros pasos en la montaña. Como no contaba con dinero, muchas veces salí con un poco de carbón para hacer fuego, calentar o hacer comida. Recuerdo que hasta hace pocos años, aún andaba con unas astillas de madera seca en algún bolsillo de la mochila y hojas de papel de diario; de ahí

me quedó la costumbre de andar trayendo diario en la mochila. Recuerdo también que para Semana Santa, con un amigo y compañero, nos la pasábamos en Baños Morales. Recuerdo también haber estado en una fiesta, y haber bailado rock and roll con calamorros¹⁹ de montaña. A mi amigo, Samuel Bonimaizont, le gustaba esquiar; yo lo acompañaba a Farellones o Lagunillas, y él me acompañaba al Provincia, al Punta de Damas o a otro cerro. Yo vine a conocer, mucho después, los anafres Primus a parafina. ¡Uf! Ni hablar de los de bencina o a gas. La ropa la conseguía con otros deportistas que las daban de baja o me datearon para hacerme de prendas que vendían algunas expediciones extranjeras que regresaban a sus países de origen con mucho peso en el avión. Bueno, después apareció la ropa americana. También aprendí a coser y hacerme yo mismo mi propia vestimenta, incluso prendas para otras expediciones chilenas al extranjero.

Nos quedamos dormidos. A esa hora, solo nevaba. Los truenos y relámpagos eran casi imperceptibles, muy lejanos; se fueron hacia el sur. Ya era tarde. Mi compañero salió muchas veces en la noche, yo creo que a mirar el cielo, con el fin de hacer un diagnóstico para bajar. Pero nada: se mantenía el mal tiempo y la poca visibilidad. Las condiciones son muy riesgosas.

El problema es la comida; hay que racionarla.

Esperamos la madrugada con ansias. Nada; todo el día es semipenumbra. Comimos muy poco: la última caja de puré, una cebolla frita y dos vienas, una para cada uno, y bastante café, que era lo único que nos quedaba. Por la noche, se consumieron las últimas velas. Ya no escribía diariamente, solo algunos apuntes.

19 Calamorros: zapato grueso y tosco, utilizado frecuentemente para caminatas y expediciones en terrenos montañosos.

Muchas veces dormimos durante el día, así que, por la noche, teníamos desorden del sueño. Más fastidiosas eran las horas nocturnas.

Al día siguiente, solamente nos queda un poco de arroz, que mi compañero traía de otra salida a la montaña. ¿Qué hacer si ya no nos queda combustible para cocinar? ¡Decidido! Lo remojaremos y lo comeremos con azúcar, que, junto al café, es lo último que tenemos. El poquito de combustible lo usaremos para hervir agua de nieve y ¡a dormir! Sigue nevando.

CAPÍTULO 7

A eso de las tres de la mañana, mi compañero se levantó y entró a la carpa muy excitado, diciéndome:

—¡Compañero, se abrió una ventana de tiempo! ¡Bajamos!

Mientras guardábamos las cosas, sancochamos algo el arroz remojado, y le pusimos un poco de azúcar. Luego hervimos agua de nieve y quemamos azúcar en una cuchara para darle un poco de color, y se lo agregamos, porque ya no nos queda café.

Rápidamente estuvimos listos para partir, a pesar de que la carpa estaba soldada al suelo; la enrollamos así no más y la adosamos a la mochila de Noja.

En realidad, había una noche espectacular; las estrellas, apenas sobre nuestras cabezas, la luna, muy grande, se enseñorea, alumbrándonos el paisaje. Lo que sí sabíamos era que las

referencias no serían las mismas, pero no importaba, mientras pudiéramos bajar...

Descendimos caminando sobre mucha nieve; nos enterrábamos hasta más arriba de la rodilla, casi a medio muslo. Nuestros pasos eran muy inestables, pues el calzado chocaba con piedras de distinto tamaño. A decir verdad, no respetábamos lo que podría ser el camino; bajábamos no más. Lo que sí, la nieve estaba bastante estable; yo creo que, por el frío, se mantenía compacta, sin estar dura. Mucho cuidado para pasar la lengua glaciaria, porque pensábamos que podríamos resbalar fácilmente si, bajo la nieve, pisábamos el hielo. No queríamos usar grampones, porque nuestros pasos se sujetaban bien. Tomamos una diagonal descendente bien arriba, hasta que estuvimos seguros de no pisar hielo. Cuando se tuvo la certeza de estar sobre el filo que veíamos desde arriba, recién tomamos pendiente abajo.

Nuestro caminar era muy lento, como era de prever; teníamos mucho frío y, a veces, rodamos cuando caímos.

Como a una hora, desde que salimos del lugar de la carpa, mi socio, al mirar hacia la cima del volcán, pudo apreciar nubarrones que casi la cubrían, sin sospechar que, cuando amanecía, las nubes venían bajando hasta cubrirlo todo de nuevo. No alcanzó la luz del día a cubrirnos cuando comenzó a nevar, primero lentamente y, luego, de manera copiosa. Alcanzamos a pasar algunas partes delicadas con luz de luna, sobre todo un filo muy abrupto y posterior descuelgue, donde poco más arriba se cruza el campo de penitentes.

Podríamos haber esperado a tener mayor visibilidad, porque pisábamos terreno apto para armar la carpa. No obstante, no había seguridad de cuándo se produciría; además, la falta de alimentos nos *chicoteaba*. Continuamos descendiendo, aún sin

visibilidad, sin mucho viento. A eso de las cinco y media de la tarde, se nos creó un serio problema.

Bajando a ciegas, llegamos a un lugar donde, por fortuna, pudimos ver que se nos venía un gran farellón. De continuar, nos habríamos precipitado por el barranco. Como yo quedé uno o dos pasos más atrás, pude tirar hacia arriba a mi compañero que derrapaba hacia lo desconocido, sentado en el suelo para bajar su centro de gravedad. Así pude sacar a mi guía del aprieto.

Ascendimos un buen poco para continuar bajando en la dirección correcta hacia el Refugio Plantat, según nosotros. A ratos, se descubría hacia el cono y se veía despejado, pero el viento levantaba gran cantidad de nieve. La tempestad estaba hacia abajo, soplaba mucho viento. De repente, en un momento se despejó algo; vimos pasar lo que pudo ser una cercha de un techo de refugio, seguida de dos planchas de zinc. Pensamos que éramos afortunados de no encontrarnos en esa trayectoria.

Creemos que ahora estamos en las cercanías de la construcción de piedras; hay una pendiente bastante fuerte y unas piedras que podrían ser las que están sobre esta casa de amparo. Bajamos con sumo cuidado y, con el piolet como lanza en ristre, tanteamos en el aire para no chocar con la estructura. Nos damos vueltas y vueltas hasta encontrar la laguna que hay frente al edificio. Subimos los escalones y chocamos con el refugio. Ya nos consideramos a salvo. Deben haber sido pasadas las 19:30.

Lo primero que hicimos, después de abrazarnos, fue descansar una media hora. Posteriormente, repartimos las literas, nos cambiamos de ropa por unas prendas un poco más secas y revisamos lo que había para comer, si es que había.

El resultado de nuestra ávida búsqueda: una cocinilla a parafina de un plato, un poco de combustible, un tarro de sardinas,

una bolsa con pan duro, algo de azúcar, una cajita con cinco bolsitas de té y una cebolla.

—¡Estamos al otro lado! —exclamamos.

Antes de acostarnos, tomamos tecito con sardinillas, humedecimos las marraquetas y las calentamos. Pocas veces hemos comido algo más exquisito que aquella cena, almuerzo, desayuno.

CAPÍTULO 8

Hoy, la diana fue tarde; necesitábamos un descanso bueno y tranquilo. No tenemos muy claro qué día es; estamos casi seguros de que hoy es miércoles, ¿pero qué importa si en un par de horas estaremos salvados? Lo que sí nos preocupa es qué debe estar pasando en el Cuerpo de Socorro Andino.

Nos esperaban para el domingo por la noche y no regresamos. Con este mal tiempo, es seguro que no han podido subir; todo lo sabremos a la llegada a Baños Morales.

Como a las nueve, desayunamos pan remojado y recalentado, un jarro de té, y bajamos raudamente. Hoy solo tenemos nubes muy bajas; no llueve, no nieva, todo está calmo. Continúa el nublado que nos sigue desde arriba, pero podemos ver bien nuestras referencias. En la bajada al Valle de la Engorda, nos recibieron algunos goterones; a veces, nos mojamos el calzado al cruzar los hilos de agua que vienen crecidos. Tampoco podemos

tomarla como quisiéramos porque los torrentes vienen barrosos, turbios.

Apreciamos el nulo movimiento de camiones de la mina. Aparecemos a los pies de los Chiflones, es decir, por el lado norte del río Volcán.

Hemos escuchado ruidos de lo que pueden ser helicópteros llegando a Baños Morales; hay una gran batahola: gente que corre, hay personas de civil, vehículos y, efectivamente, dos helicópteros. Vemos gente del Cuerpo de Socorro.

Cuando llegamos, hubo una gran alegría en la gente del Socorro Andino, porque preparaban una patrulla para ir en rescate de nosotros. Contamos las penurias vividas, pero, ¿qué pasa? Hay algo más.

En efecto, hay un matrimonio que, a los gritos, se dirige a alguien en la multitud.

—¡Asesino! —le gritan, junto a otros epítetos ininteligibles.

Se nos acerca Claudio Lucero, la persona a la que le gritaban. Le cuenta a Noja que han desaparecido unos chicos del Liceo Lastarria que, al igual que a él, llevó a la cordillera. Al día de hoy, no hay rastro de ellos. Habiendo salido el fin de semana pasado, otros chicos, que andaban con ellos, han bajado a pedir ayuda al Cuerpo de Socorro. En vista de que nosotros somos los últimos en haber estado en el Volcán, Claudio nos solicita que volvamos de nuevo por la ruta normal, que es el aviso dado, y que un helicóptero nos pondrá en el portezuelo. A ellos, los pilló la tormenta un poco más abajo que a nosotros.

—Noja, yo no puedo acompañarte. Fuera de que estoy muy cansado, sería un peligro para mí y la cordada en que participe. Debo llegar a mi casa porque mis padres deben estar muy preocupados, además de que tengo botado mi trabajo.

—Razones más que atendibles, no hay problema, quedas liberado —me contesta.

Hasta aquí llega mi relato, lo que aconteció después, me lo contó Noja.

Apareció otro amigo, Roberto Quiroz, y ofreció acompañarlo. Hay un tercer voluntario, Marcus Schic. Los tres se subieron al helicóptero, a pesar del viento:

—¡Al portezuelo!

Desde el aire revisaron toda la ruta normal hasta el portezuelo y no detectaron nada, no hay rastros de ellos. El piloto remontó su máquina y, a duras penas, llegó a los 5200 metros del puerto de montaña y, con el bastón de mando afirmado con las dos manos, exclamó:

—¡Ya!

—¿Ya qué? —contestó Noja.

—Tienen que bajarse porque la máquina no se puede posar, por el viento.

Estaban a unos seis metros del suelo. Se calzaron los grampones. Noja lanzó su mochila y voló, cayendo sobre el bulto en el piso de hielo. El helicóptero se balanceaba peligrosamente. Luego, cayó Roberto, sobre su mochila también. El último fue Marcus.

Mientras se preparaban para revisar el lugar donde pudieran estar los jóvenes, se descompuso Marcus. Bueno, él era muy joven y, tal vez, no estaba suficientemente aclimatado. Más que mal, llegaron a los cinco mil metros de un tirón. Lo dejaron acostado en la carpa de Noja, que armaron rápidamente, dejando lo que no llevarían a la cumbre.

Escudriñaron todo lo que les pareció pertinente. Llegaron a la cumbre y solo encontraron un jarro plástico verde, bajaron con

él. Ningún rastro de nada ni de nadie. Además, los desaparecidos eran un grupo grande, debían verse.

Desarmaron el campamento y bajaron. Descendieron muy rápidamente. A Marcus lo bajó el mismo helicóptero; lo hidrataron y se sintió mejor.

Noja y Roberto llegaron a Baños Morales ese mismo día, sin novedades. En ese lugar seguía la prensa, la gente; todo era un barullo.

A pesar de que el aviso que dio el grupo de jóvenes fue por la ruta normal, una cordada del Cuerpo de Socorro partió a la cumbre por la ruta del Glaciar, hoy llamada ruta Claudio Lucero. En general, había pocas esperanzas, porque se conocía la historia de la desaparición de un andinista que, bajando con su padre —un viejo y conocedor montañista y voluntario del Cuerpo de Socorro—, nunca más regresó del volcán.

Cuando la cordada de rescate bajó, todos se abalanzaron sobre los voluntarios para obtener información. En un escalón del glaciar encontraron una carpa desarmada por el viento, cadáveres desnudos, congelados y dispersos en los alrededores. Asimismo, entre los cuerpos, encontraron a una persona que, inexplicablemente, no formaba parte del grupo de jóvenes.

AGRADECIMIENTOS

A mi amigo y cordada Gino Casassa Rogazinski y su señora Claud Bastres, por su inestimable e inconmensurable aporte en la edición de esta nueva aventura que emprendo.

A mi compañera Patricia Basaure, quien, en algún tiempo, compartió el sacrificio de salir con nuestros pequeños hijos y que, además, aportó con revisiones de estos escritos.

A Félix Quiroz y Pedrito Pérez, compañeros de cordada por tantos años. A Rodolfo Méndez, Iván Morales, Cecilia Labra, Paola Pérez, Aldo Mario, Raquintergo y Luis Jorquera.

A Cedomir, Margarita, Andy Marangunic, Jorge Quinteros, Malolo, Roberto Quiroz, Samuel Bonimaizont, Úrsula Jaque y tantos otros con quienes he disfrutado tantas y tan hermosas experiencias en la cordillera, que son y serán el condimento de este y futuros libros.

A mi hija Cony, que tuvo la paciencia de reenseñarme cosas de computación. A César Oyarzún, a Pachy —otra hija— y a Cristián Riquelme.

ÍNDICE

9	Prólogo: <i>Gino Casassa Rogazinski</i>
13	Bautismo de nieve
13	Los preparativos
16	Comienza la aventura
34	Día de cumbre
56	Al siguiente día
62	Arroz con mermelada
63	Canaleta al cielo
65	En el portezuelo del San José comiendo huevos fritos
67	El occiso: Relato de un rescate
74	El San José no es tan santo
74	Capítulo 1
75	Capítulo 2
78	Capítulo 3
81	Capítulo 4
87	Capítulo 5
89	Capítulo 6
92	Capítulo 7
95	Capítulo 8

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN, Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO FUE ELABORADO UTILIZANDO
UNA TIPOGRAFÍA SERIF Y FUE IMPRESO
SOBRE BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS.
SU ÚLTIMA CORRECCIÓN ALCANZÓ LA
CIMA A FINALES DE DICIEMBRE
DE 2024.